

CRISTIANDAD

Año XXVII - N.º 471

BARCELONA

MAYO 1970

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 · 1958



SUMARIO

EDITORIAL

"Autenticidad" sacerdotal de San Juan de Avila

CUATRO SIGNOS EN EL CIELO
Roberto Cayuela, S. I.

OFICIO ESPECIAL DE MARIA EN LOS ULTIMOS TIEMPOS
de S. Luis M.^a Grignon de Monfort

ALMAS SACERDOTALES
Un Discípulo

LOS VIAJES DEL PAPA-NUESTRA SEÑORA DE BON-AYRE - ARAGO!
ARAGO! FIRAM! FIRAM!
Luis Creus Vidal

TRIUNFALISMO
Francisco Segarra, S. I.

JOB
(Nota sobre el A. T.)

"MODUS MORIENDI"
Plínio Correa de Oliveira

REVOLUCION PSICOANALITICA
J. de Butler

"EL CABALLO DE TROYA EN LA CIUDAD DE DIOS"
Francisco Salvá Miquel

EN TORNO AL LIBRO DE HANS KUNG "LA IGLESIA"
Joaquín Tapies, S. I.

ADMINISTRACIÓN: Princesa, 21-(3)

Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

"AUTENTICIDAD" SACERDOTAL DE SAN JUAN DE AVILA

(De la homilía de S.S. Paulo VI el día de su canonización)

Juan es un hombre pobre y modesto, por elección propia.

(...)

Sin embargo, Juan no duda, tiene conciencia de su vocación. Tiene fe en su elección sacerdotal. Una introspección psicológica de su biografía nos llevaría a descubrir en esta certeza de su "autenticidad" sacerdotal la fuente de su celo impertérrito, de su fecundidad apostólica, de su sabiduría de preclaro reformador de la vida eclesiástica y de delicado director de conciencia. San Juan de Ávila enseña, al menos esto, y, sobre todo esto, al clero de nuestro tiempo, que no dude de su ser: sacerdote de Cristo, ministro de la Iglesia, guía de los hermanos. Él advirtió profundamente lo que hoy algunos sacerdotes y muchos alumnos en los seminarios no comprenden como un deber corroborante y un título específico para la cualificación ministerial en la Iglesia, la propia definición — llamémosla también sociológica — deducida de aquella que, como siervo de Jesucristo, y como Apóstol San Pablo daba de sí: "Separado para anunciar el Evangelio de Dios" (Rom. 1, 1).

Esta separación, esta especificación, que es después de la de un órgano distinto e indispensable para el bien de todo un cuerpo viviente (Cf. 1 Cor. 12, 16 ss.), es hoy la primera nota del sacerdocio católico, que es discutida y contestada incluso por motivos frecuentemente en sí nobles, y, bajo ciertos aspectos, admisibles; pero cuando éstos tienden a suprimir esta "separación", a equiparar el estado eclesiástico al estado laico y profano, y a justificar en el estado elegido la experiencia de la vida mundana con el pretexto de que él no debe ser menos que todo otro hombre, fácilmente impulsan al elegido fuera de su camino y hacen con toda facilidad del sacerdote un hombre cualquiera, una sal sin sabor, un inepto para el sacrificio interior y una persona carente del poder de juicio, de palabra y de ejemplo, propia de un discípulo de Cristo, firme, puro, libre.

CUATRO SIGNOS EN EL CIELO

¿QUIÉN ES LA "MUJER"?

"Y una gran señal fue vista en el cielo: una Mujer, vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas; y la cual llevaba un Hijo en su seno, y clamaba con los dolores del parto y con la tortura de dar a luz" (Ap., 12, 1).

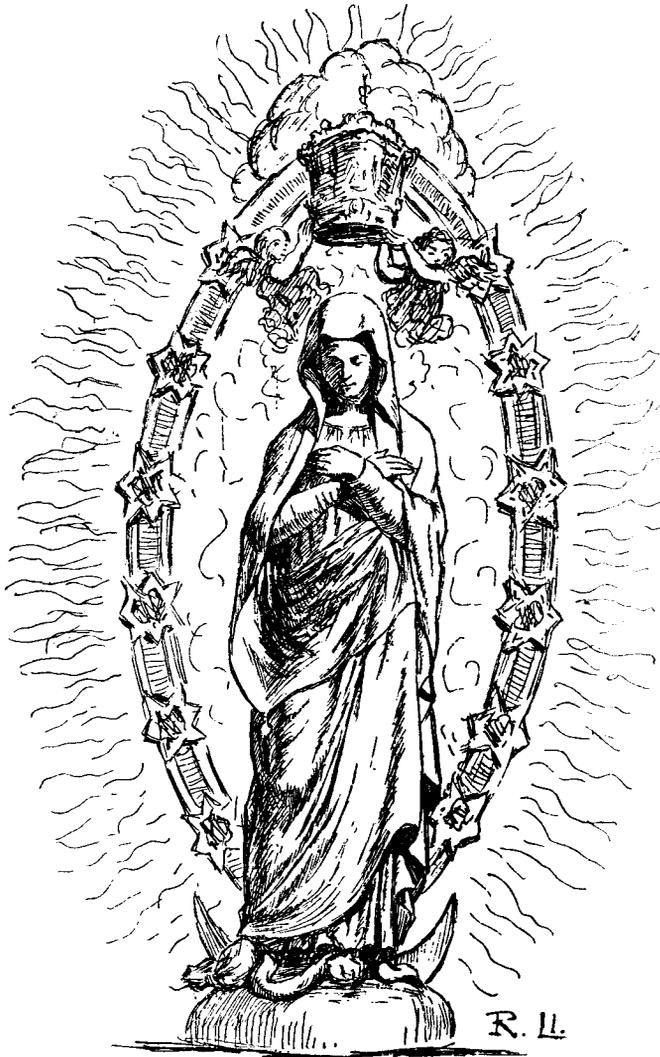
Con la visión de esta gran señal comienza el capítulo 12 del sagrado Libro del Apocalipsis; señal de esperanza firmísima y consoladora; a la cual sigue, en lo restante del capítulo 12, y en el 13, la visión de otra señal terrible y amenazadora; la del dragón y de las dos bestias. Con esta doble visión inaugura San Juan la sección de su misterioso libro, que dedica al relato de la gran lucha, del perenne combate, pues nos hace ver los protagonistas de la decisiva batalla: la Mujer con su Hijo, por una parte, los cuales nos presenta en las palabras citadas; y el dragón con las dos bestias, cuya presentación nos hace a continuación.

Mas ¿quién es "la Mujer" de la esplendorosa visión?

Es la Madre del Mesías, el Hijo de Dios, hecho Hombre para nuestra salvación. Sí; esta Mujer, Madre del Divino Mesías, no puede ser ni la Sinagoga judaica, que está al margen de la promesa mesiánica, por su incredulidad y por haber rechazado a Cristo Jesús como verdadero Mesías; ni tampoco puede ser la Iglesia cristiana, que no engendró al Mesías, y que en el mismo Libro del Apocalipsis es presentada y proclamada como Esposa del Divino Mesías.

¿Quién es, pues? Ha de ser la persona o la colectividad a la cual en la Sagrada Escritura se atribuye, con fundamento real, la generación del Mesías. En este sentido hallamos en la Biblia dos corrientes o series de textos; unos que hablan de la generación *patriarcal*; otros que expresan la generación *virginal*. Como sería arbitrario descartar una de estas dos series de textos, habremos de decir que la Mujer de la visión celeste es, o la colectividad patriarcal convergiendo y concentrándose en María, la Madre de Jesús; o bien María, en cuanto recoge y sintetiza en sí la colectividad patriarcal, es decir, al Israel de la promesa. Cotejados todos los textos bíblicos en sus rasgos así reales como verbales, la conclusión clara y segura es que la Mujer es María, en cuanto lleva la representación de Israel. Además, la contraposición o contraste entre la Mujer y el dragón, "serpiente antigua" (3, 15), donde la Mujer es ciertamente María, la Madre del Divino Redentor. Hay que notar, empero, que la maternidad de María es aquí, como lo fue en la realidad, no la mera generación física, sino la maternidad total del Redentor.

En la visión de la gran señal del cielo se nos presenta la Mujer, María, "vestida del Sol"; es la excelsa gloria de su divina maternidad; con "la luna debajo de sus pies", símbolo del señorío soberano o realeza de María; "y sobre su cabeza, una corona de doce estrellas"; es la gloria de los doce patriarcas de Israel, recapitulada y representada en María. Los dolores del parto, de que se



habla en la visión, no son ciertamente los de la generación o alumbramiento físico, que estuvo exento de ellos, sino los de la maternidad del Redentor crucificado (Lc., 2, 35; In., 19, 25-27). (Cfr. Bover, Versión del Nuevo Testamento, nota in h. 1.)

Añadamos que la Iglesia, en su Sagrada Liturgia, entiende de la Virgen María la visión del Apocalipsis, por ejemplo al poner las palabras de la celeste visión como Antífona de entrada en la Misa de la fiesta que dedica el 15 de agosto a la gloriosa Asunción de María al cielo en cuerpo y alma, hoy dogma de fe definido.

Aquella admirable y significativa visión celeste, que con tan vivos colores nos describe San Juan, bien podemos decir que se ha repetido en nuestra época; y no una sola vez, sino repetidamente. Son los cuatro "signos en el cielo", con que Jesucristo ha querido que su Madre gloriosa se presentase sobre la Iglesia y sobre el atormentado mundo de nuestros días; y por cierto con muy parecidas características a las de la visión del Apocalipsis; porque en realidad, lo mismo entonces que ahora, se presenta María como emblema de una gran victoria en una gran batalla; en el Apocalipsis, las tres batallas, fundidas en una; las batallas contra Dios, contra el Mesías y contra la Iglesia; que son los tres aspectos o más bien episodios de la eterna guerra de Satanás contra Cristo. Así se explica que en los vv. 7-9, se describa la defección de los ángeles rebeldes y su castigo, al ser derrotados en su batalla celeste; y que en los vv. 10-11, en el epinicio de la victoria, se aluda a la Iglesia de Cristo, triunfadora del infernal dragón.

En parecida forma y con los mismos designios pro-

videnciales, ante la gran batalla, que se ha recrudecido en nuestros tiempos, batalla de Lucifer contra la Iglesia, contra Cristo y aun contra Dios, se ha manifestado la Virgen María como esperanza de victoria. Son los cuatro signos en el cielo, los cuales ya se ha dado cuenta el lector de que se llaman: la Medalla milagrosa, La Salette, Lourdes y Fátima.

Para el relato de los tres primeros de estos "signos en el cielo", dejaremos gustosos la palabra al autorizado y brillante historiador de la Iglesia, que ha sido perito en el Concilio, y murió no mucho después de su terminación, Daniel Rops, en el volumen "La Iglesia de las revoluciones; frente a nuevos destinos", págs. 808-813; y acerca del cuarto "signo en el cielo", Fátima, haremos un compendioso recuerdo, ya que es más reciente y muy conocido.

Hay unos hechos, que a los ojos de los historiadores laicos, con un laicismo que les aleja de todo lo sobrenatural, tienen algo o mucho de fábula; pero que para un historiador católico revisten una trascendencia que supera lo meramente sociológico. En tres ocasiones, durante el siglo XIX, con hechos reconocidos formalmente por el Magisterio de la Iglesia, tras muy serias investigaciones, y que la misma Iglesia nos presenta como signos en el cielo, la Virgen María, Madre de Dios hecho Hombre, la misma de la visión celeste del Apocalipsis, se ha manifestado no tan sólo a la Iglesia, sino aún al mundo entero, a todos los hombres de buena voluntad, para hacerles oír graves admoniciones, maternales advertencias y consoladoras promesas. Y por cuarta vez en el siglo XX, en nuestros mismos días.

LA MEDALLA MILAGROSA

En la noche del 18 al 19 de julio de 1830, una joven novicia, Hija de la Caridad, a quien sus Superiores consideraban como "espíritu poco notable", fue desvelada durante su apacible sueño, con un sobresalto en su celda del Convento de la Rue du Bac, en París, Casa-madre de la Congregación.

Un niño estaba a su lado, y le requería insistentemente para que le siguiese. A lo largo de los corredores de la vasta casa dormida — ¡qué sorpresa hallarlos iluminados! —, la novicia se dirigió a la Capilla, en la que insólitamente y sin humana explicación, ardían todos los cirios. ¡Qué sobrenatural resultaba todo a aquellas horas de la noche!

Pero Zoe Labouré, sor Catalina en Religión, era uno de aquellos corazones puros a quienes Cristo, en su sexta bienaventuranza, prometió que verían a Dios. Por eso acogió con sencillez el prodigio. ¿Se sorprendió al ver ante sí a una Dama joven, tranquilamente sentada en el sillón de "Monsieur", el Director, y cuya inefable identidad le reveló el niño que la había conducido a la

Capilla, y en cuyas rodillas puso Catalina sus propias manos?

De corazón a corazón, en el fulgurante silencio del éxtasis, la joven novicia recibió consejos, escuchó palabras, de aquellas que, en frase de San Pablo, no es dado al hombre repetir. Después se le confiaron mensajes, con el encargo de que los transmitiera a sus destinatarios.

Otras dos veces se repitió el prodigio durante el siguiente otoño.

Eso fue todo; y durante cuarenta y siete años, por toda su vida, Catalina Labouré no fue más que la humildísima portera de una casa de los suburbios, encargada, además, del gallinero del Convento.

Para que se difundiese cuanto había oído, conforme a la orden que se le había dado, se lo comunicó todo sencilla y plenamente a su consolador, rogándole que lo revelara, pero sin nombrarla a ella.

Lo que Catalina había oído era a la vez terrorífico y consolador. Se le habían hecho profecías acerca de trágicos sucesos, que confirmaría la historia, cuarenta

años después, hasta en sus mínimos detalles. Se le había pedido que una inmensa ola de plegarias subiera al cielo, a fin de desviar la divina justicia, y atraer sobre el mundo pecador la divina misericordia. Incluso se le había indicado el medio que se había de emplear en dicha campaña de oración; a saber, una Medalla que llevarían cuantos quisiesen unirse a la empresa. Más aún: Sor Catalina Labouré había visto a la Santísima Virgen, que consagraba toda la tierra; y lo hacía, ya erguida sobre el orbe, como sobre un pedestal, ya soste-

niéndolo en sus manos, como para una ofrenda. Al anuncio de catástrofes se unía, en definitiva, una sobrenatural esperanza.

Aquella Medalla se llamó muy pronto "la Medalla milagrosa", por las conversiones que se obraron en quienes la llevaban, aun en la última hora de la vida, y por las prodigiosas gracias que mediante ella se obtuvieron. Era el primero de los "signos en el cielo" en nuestra época: la Virgen María, con su Medalla milagrosa, símbolo y prenda de salvación.

LA SALETTE

Diecinueve años después, el 19 de septiembre de 1849, dos niños — una muchacha de quince años y un chico

finado. Nada notable había en aquellos jovencitos. La triste y soñadora Melania Matthieu no era más piadosa que el jovial Maximino Giraud.

Aquel 19 de septiembre, a mediodía, cuando se hallaban los muchachos en una especie de lengua de tierra, que une dos colinas llenas de arbustos, en el lugar llamado La Salette, vieron una luz prodigiosa; y como si saliera de un globo de fuego, una Mujer; una "Dama", como dirían después los videntes, que se había sentado, con los brazos apoyados en las rodillas, en actitud de llorar. Los dos muchachos se acercaron a la Dama, que se puso en pie. Parecióles de estatura mayor que la normal; de su cabeza brotaban rayos luminosos, que formaban como una diadema. Y la Dama les habló.

Habló como puede hablarse a dos pequeños campesinos de los Alpes, sin cultura alguna, ignorantes de las cosas del mundo; y, desde luego, les habló más bien en "patois mateusine" que en francés. El dolor que delataban las lágrimas de la Señora lo explicó Ella con alusiones precisas, conforme a lo que ellos pudieran entender: ¿qué era la gran traición de los Hombres, sino su ausencia de la Santa Misa, su olvido de las leyes del ayuno, y su mala conducta? Lo mismo se diga de los castigos anunciados por la Señora: ¿en qué iban a consistir sino en malas cosechas, en frutos y raíces que se echaban a perder, y en epidemias entre niños y animales?

Pero tras aquel lenguaje elemental se ocultaba una realidad misteriosa y terrible; la que sin duda alguna quedaba expresada en unos mensajes secretos que cada uno de los dos videntes recibió como en depósito, con orden de no comunicarlos sino a las personas responsables de la Iglesia.

Extraña, muy extraña era aquella manifestación, ya por la elección de quienes fueron sus depositarios, ya por las circunstancias en que se realizó; y hasta tal punto extraña y como inexplicable, que estallaron vivas discusiones, cuando fueron conocidos los acontecimientos. Miembros eminentes de la Jerarquía, y aún Santos como el Insigne Cura de Ars, vacilaron al principio en admitirlos. Incluso corrieron rumores de que se trataba de una superchería; una mujer loca habría hecho juguete



de doce — guardaban sus ovejas en los altos pastos de la montaña que domina la aldea de Corps, en le Del-

de sus bromas a los inocentes muchachos. Pero la seria y prolija encuesta canónica, dirigida por el Obispo de Grenoble, hizo justicia. En 1851 el suceso de La Salette fue formalmente reconocido por la autoridad de la Iglesia.

Lo importante era que de aquella manifestación, a primera vista tan extraña, fluía una impresión de angustiosa advertencia y amenaza, cuyo significado no ha terminado de comprender la humanidad después de tantos años.

LOURDES

Pero once años más tarde, surge la respuesta a aquellas amenazas.

A los pies del Pirineo francés, mientras la aldea de Lourdes, que se eleva en un bello y severo paraje, vivía su existencia monótona como tantos otros pueblos del mundo, de pronto, en febrero de 1858, se difundió entre las gentes una rara noticia. El jueves, día 11, las hermanas Toinette y Bernardette Sourbirous, acompañadas de su inseparable amiga Jeanette, habían salido a recoger leña seca. Dirigiéronse hacia las rocas de Massabielle, a la otra orilla del Gave, cuyas aguas corrían, vivas y rumorosas, sobre los guijarros. En el momento de pasar una pequeña acequia que las separaba del bosque, las niñas se habían detenido; y mientras Bernardette se detenía sola, vacilando para no mojarse los pies, de pronto el mundo se le hizo insólito. ¿Es que la rodeaba un viento del abismo? Y sin embargo, el agua tranquila de la acequia seguía igual, y las ramas de los árboles no se movían. En esto, de pie ante ella, en una cavidad de la roca, vio una figura de blanco, que le sonreía.

Este incidente, que provocó después las risas de sus dos compañeras, y el malhumor de sus padres, sería el comienzo de una serie de sucesos, cada vez más incomprensibles y prodigiosos.

Bernardette era una muchacha seria, reflexiva, profundamente piadosa; un alma religiosa, ya a sus catorce años. Nada tenía de parecido con la Melania y el Maximino de La Salette. Nadie pensó que fuera una simuladora; pero, ¿no podía haber sido víctima de una ilusión, de un sueño, de algún desconocido disturbio patológico?

La historia de las revelaciones de Lourdes se convirtió desde entonces en la lucha, prolongada durante meses y meses, entre aquella niña, investida de una misión sobrenatural, y todas las autoridades, las familiares, las locales, las eclesiásticas, las judiciales y las gubernamentales, empeñadas todas en no querer reconocer aquella misión.

Entre tanto, cada semana se repetían las apariciones; y para la pequeña vidente todo se fue haciendo más preciso y explícito. En torno a Bernardette, extá-

tica ante la Gruta de Massabielle, hubo primero diez, después veinte, cien y por último cientos de testigos, incluso gendarmes y funcionarios del Gobierno de la Nación. El éxtasis se reproducía siempre idéntico; la niña caía en una especie de estado muy singular, próximo al desvanecimiento. Mientras rezaba el Rosario con excepcional fervor, su rostro se iluminaba, como si reflejara la celeste claridad de una presencia, sólo visible para ella.

Porque aquella "presencia" se repitió muchas veces; ¡hasta dieciocho!; y volvió a hablar con su pequeña confidente. Se multiplicaron entre tanto los prodigios. Un día, por orden de la joven Señora que le visitaba, se arrodilló Bernardette; se inclinó como para beber agua en una fuente que no existía; y apenas removió la tierra con las manos, el agua empezó a brotar y a fluir, poderosa, incontenible. Otro día declaró que en el lugar que ella estaba señalando, se levantaría una iglesia muy pronto.

Ya era toda una muchedumbre la que corría a la Gruta de Massabielle, para contemplar a la jovencita mística en sus arrobamientos y éxtasis. Comenzaron a realizarse milagros evidentes; un ciego recobró la vista; una Hija de la Caridad, un niño tullido fueron curados instantáneamente. El Cura Párroco del lugar, inquieto, preocupado, exigía a Bernardette: "Pregunta a tu joven Señora cómo se llama"; y la niña respondió: "La Señora me ha dicho: «Yo soy la Inmaculada Concepción»"; lo cual, en una jovencita absolutamente ignorante de toda teología, y que jamás había oído hablar de proclamaciones dogmáticas, era rigurosamente incomprensible.

La Jerarquía tendrá que convenir en ello; las autoridades imperiales tendrán que reconocerlo. En Lourdes, en el año 1858, se ha realizado una de las más sorprendentes manifestaciones de lo sobrenatural, atestiguada con innumerables milagros. Sobre la tierra resuena el llamamiento a la oración y a la penitencia; pero también a la más confiada esperanza; llamamiento cuyo depósito ha sido confiado por la Virgen Inmaculada, Madre de Dios, a Bernardette Sourbirous. La Iglesia Jerárquica reconoció el carácter sobrenatural de los hechos en la forma más decidida y aprobatoria.

FATIMA

Feneció el siglo XIX, y amaneció el XX, entre amenazas de nunca vistas tempestades, ya ideológicas, ya de conflictos bélicos para el mundo entero; entre provocativas insolencias de los hijos de las tinieblas; y entre serenas esperanzas de los hijos de la luz. Y el Rey inmortal de los siglos, Jesucristo, a cuyo Sagrado Corazón, símbolo de su perenne amor a los hombres, había consagrado León XIII toda la humana sociedad en el mismo alborar del nuevo siglo, quiso que su benditísima Madre apareciese y se mostrase al mundo como un nuevo signo en el cielo; el cuarto de los tiempos modernos, el de Fátima.

El año 1917, en pleno incendio de la primera guerra mundial, la Virgen María, para cumplir los deseos de su Divino Hijo, y sus propios anhelos de ser "Iris de paz" en medio de la borrasca, escogió para sus apariciones la pequeña parroquia de Fátima, entonces de unos 2.700 habitantes, perteneciente a la Diócesis de Leiria, y situada a unos 100 kilómetros al norte de Lisboa, casi en el centro geográfico de Portugal.

Era un domingo, el 13 de mayo, Mes de María, cuando tres pastorcitos de Aljustrel, diminuta aldea dependiente de Fátima, habían salido, según costumbre, a pastorear en la montaña las ovejas de sus familias. Eran Lucía, de diez años de edad, y sus primos, Francisco, de nueve años, y Jacinta María, de siete. Sencillos como los corderos que guardaban, ninguno de los tres sabía leer, pero rezaban con devoción y aprendían con diligencia el Catecismo. Tan sólo Lucía había hecho la primera Comunión.

Aquel día, como todos los de precepto, habían oído antes devotamente la Santa Misa en la parroquia de Fátima; y por eso iba ya avanzada la mañana, cuando se encontraron fuera de la población para pastorear sus rebaños. Como impulsados por una idea repentina, se encaminaron a la "Cova de Iría", a dos kilómetros de Fátima, donde los padres de Lucía poseían una pequeña hacienda con algunas encinas y olivos.

Hacia medio día, interrumpiendo sus inocentes pasatiempos, se arrodillaron y rezaron el Rosario. Continuaron después su juego de construir una especie de choza con piedras de la pediente del monte; mas he aquí que, de improviso, les sorprende y les aturde un relámpago que cruza el horizonte. Miran aterrados hacia el cielo; pero no se divisa ni una nube, y el sol brilla espléndido. Volvamos a casa, propone Lucía. Y empujando delante de sí a sus ovejas, comienzan a descender de la colina. Un nuevo relámpago, más deslumbrador que el primero. Aceleran el paso; y apenas llegan al valle, se detienen inmóviles, atónitos, ante un prodigio. Delante de ellos, a dos pasos de distancia, sobre una lozana encina de poco más de un metro de altura, contemplan una joven Señora, de hermosura celestial, toda luz, con un vestido blanco como la nieve, y que ceñido al cuello por un

cordón de oro, descende hasta los pies, que apenas tocan las hojas de la encina; un manto, asimismo blanco y ribeteado de oro, la envuelve casi totalmente desde la



cabeza. De las manos, juntas ante el pecho, en actitud de orar, cuelga un rosario de granos como perlas, y que termina con una crucecita de plata bruñida. Su

rostro, aureolado de sol, aparece sin embargo sombreado por la tristeza.

Lucía se atreve a preguntar a la joven Señora: —¿De dónde es Vd.? —Soy del Cielo. —Y ¿qué cosa quiere Vd. de nosotros? —He venido a pedirlos que os reunáis aquí, a esta misma hora, el 13 de cada mes, por seis veces seguidas, hasta octubre. Entonces os diré quién soy, y qué cosa quiero de vosotros. Continúa el ingenuo diálogo; y la Aparición, mirando fijamente a los tres niños, les dice: —¿Queréis ofrecer al Señor, dispuestos a sacrificaros, y aceptar con gusto todas las penas que Él quiera enviaros, en reparación de tantos pecados con que es ofendida la Divina Majestad, para alcanzar la conversión de los pecadores, y también en reparación de las blasfemias hechas al Inmaculado Corazón de María? —Sí, lo queremos, responde Lucía en nombre de los tres.

La Aparición, con un además de maternal agrado ante la generosidad de los pobres niños, les anunció que “muy pronto tendrían que sufrir mucho; pero que la gracia de Dios les asistiría y confortaría”. Y diciendo esto, separó las manos, lanzando sobre los Videntes un haz de luz misteriosa, tan intensa y, a la vez tan íntima, que “penetrándonos en el pecho hasta lo más profundo del alma (son palabras de Lucía), nos hizo ver a nosotros mismos

en Dios más claramente que en el espejo más terso... Entonces, por un irresistible impulso, caímos de rodillas, repitiendo intensamente: ¡Oh Santísima Trinidad, yo os adoro! ¡Dios mío, Dios mío, yo os amo!” Tras breves instantes, la Señora les recomendó que rezasen todos los días el Santo Rosario, con devoción, para obtener la paz del mundo. Y, dicho esto, comenzó a subir de nuevo hacia arriba, hasta desaparecer entre las claridades de la luz del sol.

Dejemos los primeros comentarios de los tres niños y sus primeras declaraciones.

Siguieron las otras cinco apariciones mensuales, siempre el día 13, desde junio hasta octubre. No hay aquí espacio para referirlas. Además, son conocidas; y quien desee recordarlas, y como envolverse en la luz celeste de ellas, puede leer, por ejemplo, el precioso libro “Las maravillas de Fátima”, por el docto Profesor del Instituto Bíblico de Roma, P. Luis Gonzaga de Fonseca, S. I., traducido por el P. Facundo Jiménez, S. I. (Gráficas Claret. Lauria, 5. Barcelona). En el mismo documentado libro se pueden recordar con admiración las controversias surgidas después de las apariciones, la diligentísima investigación de los sucesos, hecha por la autoridad de la Iglesia, y la más completa aprobación Diocena y Pontificia.

LECCIONES Y CONSECUENCIAS DE LOS “CUATRO SIGNOS EN EL CIELO”

Todo un libro sería necesario para referirlas y ponerlas de relieve. Será preciso abreviar y sintetizar.

La doble lección del Evangelio de Cristo, de que es innegable y es nefasta la acción del Príncipe de este mundo, Lucifer, con sus satélites y aliados, tanto espíritus infernales, como hombres materializados, incrédulos y soberbios, en contra del Reino de Dios en la tierra; y de que esta acción diabólica no puede ser contrastada y vencida sino por la oración y la penitencia, ha venido a ser recordado e inculcado maternalmente por la Virgen María en nuestra época de incesantes guerras de armas y guerras de almas. Estaban muy olvidadas ambas lecciones, y era preciso traerlas a la memoria y hacerlas entender en toda su actualísima importancia. ¿Quién mejor que la Madre del Divino Salvador, Madre de la Iglesia, para traer esta luz a los espíritus?

Además, ante un mundo, que se obstina orgulloso y desagradecido, en negar todo lo que es sobrenatural, viene a afirmarlo, con su presencia misma, la que es el ápice de la vida sobrenatural, y a decirnos con sus advertencias y recomendaciones que lo sobrenatural es lo que eleva, dignifica y aún diviniza a la persona humana y toda la vida de los hombres, enaltecidos a un último fin sobrenatural por la inmensa bondad de Dios.

El sentido de las cuatro apariciones de la Virgen

María no podía ser oscuro sino para quienes se niegan a oír los mensajes del cielo. Las palabras maternas de María eran voces de alerta contra los poderes de las tinieblas, que amenazan al hombre y a su fe, como también a Cristo y a su Iglesia. Y con esas voces de previsora advertencia, solemnes admoniciones a todo lo que en el corazón cómplice de los cristianos se presta incautamente a esas empresas de muerte. Mas, por encima de todo, afirmaciones de una esperanza que trasciende a la tierra, promesa de una salvación, cuyo medio está en la plegaria. La Virgen María no ha dicho otra cosa en la Capilla de la rue du Bac, en la montaña de La Salette, en la gruta de Lourdes y en la Cova de Iria de Fátima.

Y con las lecciones luminosas, las consecuencias fecundas.

La más inmediata ha sido una evidente consolidación de más viva fe, y un incremento de amor más operativo y sacrificio, con frutos de más auténtica vida cristiana, en la devoción a la Madre de Dios.

Apenas autorizada por Monseñor de Quélen la Medalla milagrosa, que en éxtasis había contemplado Santa Catalina Labouré, se difundió con rapidez asombrosa. Seis años después, un santo sacerdote parisiense, el abate Desgenettes, Párroco de Nuestra Señora de las Victorias,

la daba como insignia a los miembros de una Archicofradía de oraciones por la salvación del mundo pecador (1836); y desde entonces aquella institución hizo tales progresos, que treinta años más tarde, contaba con veinte millones de adheridos; y un siglo después, ¡con cincuenta millones!

Hacia La Salette, cuyas dificultades de acceso eran en un principio muy considerables, comenzó a afluir una ferviente y repetida peregrinación, que nació espontáneamente de la piedad mariana de las gentes. Se constituyó en 1850 un pequeño grupo de Misioneros para asegurar el servicio espiritual de los peregrinos, los cuales se instalaban en cabañas de madera, semejantes a las de los pastores de la montaña, en tanto que comenzaba a edificarse una Capilla (1852), anticipo de los sólidos edificios que hoy se alzan en aquellas soledades. En 1855 se calculó en medio millón el número de peregrinos que habían subido a La Salette en seis años, llegados de todos los lugares de la Cristiandad. La montaña de la aparición se convirtió en uno de los alcázares de la fe.

Más visibles, espléndidos y eficaces alcázares de la fe han sido y son Lourdes y Fátima.

En cuanto a Lourdes y su fuente milagrosa, la ferviente afluencia de los fieles se convirtió muy pronto en verdadera riada. El hermoso libro de Henri Lasserre, "Notre Dame de Lourdes", en 1860, contribuyó a difundir la buena nueva en todas las naciones cristianas. Las Asuncionistas, recién fundadas, se hicieron servidoras del Santuario y de los fieles. Los ferrocarriles establecieron nuevas vías para ayudar a las peregrinaciones. Ya en 1872 se contaron 110.000 peregrinos; en diez años acudieron a orar en la Gruta más de 300 obispos de todos los países. Y gran día fue aquél en que, en nombre de Pío IX, que había proclamado la "luminosa evidencia" del hecho de Lourdes, su Nuncio Apostólico coronó

solemnemente la imagen de la Inmaculada, el 3 de julio de 1876, entre las aclamaciones de 36 obispos, 3.000 sacerdotes y más de 100.000 peregrinos.

Más cercanos a nosotros son los acontecimientos de ferviente devoción Mariana que han seguido al cuarto "signo en el cielo", el de Fátima. Están en la memoria y en la conciencia de todos. Y, sobre los demás, el agusto Mensaje de Pío XII, al clausurar las fiestas jubilares de las Apariciones, con la anhelada Consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María, renovada solemnemente, el 8 de diciembre, en la Basílica de San Pedro. Y ¿quién podrá olvidar el viaje de Paulo VI, como peregrino, a Fátima?

Pero con ser tan importante esta consecuencia de la gran promoción de la devoción salvadora a la Madre de Dios, que han traído los cuatro "signos en el cielo", es todavía más trascendental la consecuencia de que por ellos se ha orientado mucho mejor que en épocas anteriores esta gran devoción hacia lo que es el deseo de Dios y la consigna de la Iglesia: "Ad Iesum per Mariam". Tal es el sentido de las peregrinaciones; y es elocuente por demás el hecho de que en ellas lo principal son las procesiones Eucarísticas, durante las cuales, y con la bendición de Cristo, oculto en sus velos, sagrados, se verifica la mayor parte de los milagros. En realidad, y hoy más que nunca, la Virgen María nos lleva a su Divino Hijo. Se cumple ahora de un modo evidente y consolador, no menos que abundante en frutos de vida cristiana, lo que en dos versos inmortales cantó Dante, dirigiéndose a Jesús, y refiriéndose a María: "QUERER LLEGAR A TI, MAS NO POR ELLA. ES PRETENDER VOLAR, PERO SIN ALAS".

Con las alas de la fe y del amor, y por las rutas celestes del culto y devoción a María, vamos seguramente y llegamos felizmente al que es nuestra única salvación y todo nuestro Bien, Cristo Jesús.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

SAN JUAN DE ÁVILA

Una gran figura, hija y gloria de la tierra de España, de la España católica, habituada a vivir su fe dramáticamente, haciendo surgir del seno de sus tradiciones morales y espirituales, de tanto en tanto, en los momentos cruciales de su historia, el héroe, el sabio, el santo.

(De la homilía de S.S. Paulo VI
en la canonización de S. Juan de Ávila)

OFICIO ESPECIAL DE MARÍA EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

Por medio de María se comenzó la salvación del mundo, y por medio de María se debe consumir. María apenas se dejó ver en la primera venida de Jesucristo, con el fin de que los hombres, todavía poco instruidos e ilustrados sobre la persona de su Hijo, no se separasen de Él aficionándose demasiado intensa e imperfectamente a Ella, cosa que probablemente hubiera sucedido si hubiese sido conocida, a causa de los admirables atractivos que el Altísimo puso, aun en su exterior; y esto es tanta verdad que San Dionisio Areopagita nos dejó escrito que, cuando la vio, la hubiera tomado por una divinidad, en vista de sus secretos atractivos y de su belleza incomparable, si la fe que él profesaba no le dijera lo contrario. Pero en la segunda venida de Jesucristo, María ha de ser conocida y revelada por el Espíritu Santo, a fin de hacer por medio de Ella que los hombres conozcan, amen y sirvan a Jesucristo; pues entonces ya no subsistirán aquellas razones que obligaron al Espíritu Santo a ocultar a su Esposa durante su vida y a manifestarla sólo raras veces desde que se predicó el Evangelio.

Por qué Dios quiere revelar y descubrir a María en estos últimos tiempos

Dios quiere, pues, revelar y descubrir a María, la obra maestra de sus manos, en estos últimos tiempos:

1.º Porque Ella se ocultó en este mundo, se colocó más abajo que el polvo, por su propia humildad, habiendo conseguido de Dios, de sus Apóstoles y de sus Evangelistas que no la manifestaran.

2.º Porque siendo Ella la obra maestra de las manos de Dios, tanto aquí abajo por la gracia como en el cielo por la gloria, Él quiere ser en Ella glorificado y alabado en la tierra por los mortales.

3.º Como Ella es la aurora que precede y descubre al Sol de Justicia, Jesucristo, ha de ser conocida y vista a fin de que lo sea Jesucristo.

4.º Como es el camino por donde Jesucristo ha venido a nosotros la primera vez, lo será también cuando Éste venga la segunda, aunque de diferente manera.

5.º Siendo María el medio seguro y la vía recta e inmaculada para ir a Jesucristo, y hallarlo perfectamente, por Ella lo han de hallar también las almas santas que han de resplandecer en santidad. El que hallare a María hallará la vida, es decir, a Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida; pero es imposible hallar a

María si no se la busca; no se la puede buscar si no se la conoce, ya que jamás se busca ni se desea el objeto que no se conoce; por tanto, es necesario que, para llegar al más exacto conocimiento y gloria de la Santísima Trinidad, sea María conocida como nunca.

6.º María ha de brillar más que nunca en misericordia, en fuerza y en gracia en estos últimos tiempos; en misericordia, para atraer y recibir amorosamente a los pobres pecadores y desviados que se convertirán y tornarán al seno de la Iglesia Católica; en fuerza contra los enemigos de Dios, los idólatras, cismáticos, mahometanos, judíos e impíos obstinados, los cuales se revelarán terriblemente para seducir y hacer caer, por medio de promesas y amenazas, a todos los que les serán contrarios; y por último, debe resplandecer en gracia para animar y sostener a los valientes soldados y fieles servidores de Cristo, que combatirán por sus intereses.

7.º En fin, María ha de ser terrible al demonio y a sus secuaces como un ejército colocado en orden de batalla, principalmente en estos últimos tiempos, porque el diablo, sabiendo que tiene poco tiempo y menos que nunca para perder las almas, redobla todos los días sus esfuerzos y sus ataques; suscitará en breve nuevas persecuciones y armará terribles emboscadas a los servidores fieles y a los verdaderos hijos de María, a quienes le cuesta vencer mucho más que a los otros.

De estas últimas y crueles persecuciones del diablo, que irán aumentando de día en día hasta que venga el reinado del Anticristo, es de las que principalmente se ha de entender aquella primera y célebre predicción y maldición de Dios, culminada en el Paraíso terrenal contra la serpiente. Aprovecharemos la oportunidad de explicarla aquí, para gloria de María, salvación de sus hijos y confusión de los demonios.

Dios no ha formado nunca más que una sola enemistad

Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius; ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus (Gen., III, 15): “Crearé enemistades entre ti y la mujer y entre tu descendencia y la suya; ella misma te aplastará la cabeza, y tú pondrás asechanzas contra su talón”.

Dios no ha hecho ni formado nunca más que una sola enemistad, mas ésta irreconciliable, que durará y

umentará incluso hasta el fin, y es entre María, su digna Madre, y el diablo; entre los hijos y servidores de la Santísima Virgen y los hijos y secuaces de Lucifer, de suerte que el más terrible de los enemigos que Dios ha creado contra el demonio es María, su Santísima Madre a quien dio desde el paraíso terrestre, a pesar de que Ella sólo existía entonces en la mente divina, tal odio contra ese maldito enemigo de Dios, tanta industria para descubrir la malicia de aquella antigua serpiente, tanta fuerza para vencer, aterrar y aplastar a ese orgulloso impío, que él la teme, no sólo más que a todos los ángeles y hombres, sino, hasta cierto sentido, más que al mismo Dios: y esto no porque la ira, el odio y el poder de Dios no sean infinitamente mayores que los de la Santísima Virgen, cuyas perfecciones son limitadas, sino, primero, porque Satanás, a causa de su orgullo, padece infinitamente más al ser vencido y castigado de una pequeña y humilde esclava de Dios, y la humildad de ésta le humilla más que el poder divino; segundo, porque Dios ha otorgado a María un poder tan grande contra los diablos, que más temen ellos, según muchas veces han declarado, a su pesar, por la boca de los posesos, uno solo de los suspiros de María en favor de alguna alma, y una sola amenaza suya contra ellos más que todos los otros tormentos.

María, vencedora por sus virtudes

Lo que Lucifer perdió por orgullo, ganólo María por humildad; lo que Eva condenó y perdió por desobediencia, salvólo María por su obediencia. Eva, obedeciendo la voz de la serpiente, perdió consigo a todos sus hijos y los entregó al poder de Satanás; María, conservándose perfectamente fiel a Dios, ha salvado con Ella a todos sus hijos y servidores y los ha consagrado a la Majestad divina.

No sólo enemistad, sino enemistades

Dios no sólo ha creado una enemistad, sino *enemistades*, y no sólo entre María y el demonio, sino entre la

descendencia de la Santísima Virgen y la del diablo; es decir, que Dios ha levantado enemistades, antipatías y odios secretos entre los verdaderos hijos y servidores de su Madre y los hijos y esclavos del demonio; por eso no se aman mutuamente ni tienen correspondencia interior unos con otros. Los hijos de Belial, los esclavos de Satanás, los amigos del mundo (pues estos distintos nombres significan una misma cosa), han perseguido incesantemente hasta aquí y perseguirán todavía más que nunca a aquellos y aquellas que pertenezcan a la Santísima Virgen, así como en otro tiempo Caín persiguió a su hermano Abel y Esaú a su hermano Jacob, que son las figuras de los réprobos y los predestinados. Pero la humildad de María triunfará siempre del orgulloso demonio, y la victoria será tan grande, que llegará hasta aplastarle la cabeza, en donde reside su orgullo; Ella descubrirá siempre su malicia de serpiente, hará manifiestas sus tramas infernales, disipará sus consejos diabólicos, y a sus fieles servidores los librará hasta el fin de los tiempos de sus crueles garras.

El poder de María brillará particularmente en los últimos tiempos

Pero el poder de María sobre todos los diablos brillará particularmente en los últimos tiempos, en que Satanás pondrá asechanzas a su talón, es decir, a sus humildes esclavos y a sus pobres hijos, que Ella suscitará para hacerle la guerra. Serán pequeños y pobres según el mundo y rebajados ante los otros como el talón, hollados y oprimidos, como el talón lo es respecto de los demás miembros del cuerpo; mas, en cambio, serán ricos de las gracias de Dios, que María les distribuirá abundantemente, grandes y exaltados en santidad delante de Dios, superiores a toda criatura por su celo inflamado, y tan fuertemente apoyados en el socorro divino, que con la humildad de su talón, en unión de María, aplastarán la cabeza del diablo y harán triunfar a Jesucristo.

(Del Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen)

SAN LUIS M.^a GRIGNON DE MONTFORT

Fe de erratas del número anterior:

Pág. 86. La ficha bibliográfica completa del libro citado en la nota 23 es la siguiente: Máximo Filibero, *León XIII, los carlistas y la monarquía liberal. Cartas a los Sres. D. Ramón Nocedal, D. Alejandro Pidal y D. Valentín Gómez*, Imp. de Manuel Alufre, Valencia, 1894.

Pág. 86. El título de la parte inferior debe decir: LAS "CENIZAS TRADICIONALES" Y EL VIGOR DE "NUEVOS FUNDAMENTOS".

Pág. 89. El texto recuadrado pertenece a la obra de Réginald Garrigou-Lagrange, O. P., *Dieu, son existence et sa nature*.

ALMAS SACERDOTALES

“SOYEZ SAINT, VOUS QUI TOUCHEZ LES VASES DU SEIGNEUR!!!”

“J'étais aussi heureuse de pouvoir toucher aux vases sacrés, de préparer les petits langes destinés à recevoir Jésus. Je sentais qu'il me fallait être bien fervente, et je me rappelais souvent cette parole adressée à un saint diacre: «Soyez saint, vous qui touchez les vases du Seigneur (Is. LII, 11)». (Histoire d'une Âme, Cap. VIII).”

¡Con qué unción Santa Teresa del Niño Jesús llenaba sus funciones preparando los santos objetos litúrgicos, especialmente los cálices! La propia edición de su Historia, reproduce una fotografía — ¡que parece un presagio! —, con este titular: “Sainte Thérèse de l'Enfant-Jésus, préparant les vases sacrés lorsqu'elle était sacristane: d'après une photographie de juin 1896”.

Decimos presagio.

Y queremos hablar sobre este dulce tema.

Aleccionados por el propio Padre Orlandis — que no era tan “retrógado” como tantos se imaginan eran los de su generación —, que nos enseñó observar las cosas sobrenaturalmente, “sub speciae aeternitatis”, sepámonos sobreponer a la anécdota: vayamos a lo profundo.

“IL FAUT, POUR CELA, UNE VOLONTÉ EXPRESSE DE L'AUTORITÉ”

Hoy nos choca a muchos, y no sin motivo inmediato, esta inesperada novedad, que, sincrónica a otras asimismo inesperadas — pero menos autorizadas — viene a sorprendernos: una como “irrupción” femenina en la Iglesia. ¿No vemos en muchas partes a mujeres leyéndonos la Epístola? ¿No se ha autorizado también a las monjas a repartir la Sagrada Comunión?

Cabe el temor, y muy natural, en mentes prudentes: no habrá algún caso de improvisación? La mujer es, más que el varón, susceptible de visiones. Nadie se ofenda; de novedades, de snobismos. El temor y la prudencia son más que fundados. La misma Santa Teresa del Niño Jesús renunció voluntariamente a un maravilloso apostolado epistolar que había iniciado, animando, haciendo (como ahora de diría) de “madrina”, de lejanos misioneros. Y ella misma lo expresa, con su maravillosa discreción: “...Je le sais, il faut pour cela une volonté expresse de l'autorité; il me semble qu'autrement cette correspondance “sollicitée” ferait plus de mal que de bien, sinon au missionnaire, du moins à la carmelite continuellement portée par son genre de vie à se replier sur elle-même. Au lieu de l'unir au bon Dieu, cet

échange de lettres — même éloigné — lui occuperait inutilement l'esprit; elle s'imaginerait peut-être faire des merveilles, et réellement ne ferait rien du tout que de se procurer, sous couleur de sèle, une distraction superflue”.

Pero el hecho es que la Iglesia lo autoriza. Y como que Él “estará con nosotros hasta la consumación de los siglos”, y nunca ha de faltarle la inspiración del Divino Espíritu, sepamos sobreponernos a la sorpresa, y separar lo sustancial de lo anecdótico. Y sepamos, asimismo, saborear lo que se nos concede.

Porque se trata, no de un snobismo de tantos, no de una novedad del día. Sino de una concesión cuya profundidad, cuya ternura — nos complaceremos en reptir —, merece gustarla y ponderarla de un modo especial.

CON UNA SANTA AUDACIA, “EMBALSAMA SU FAZ”...

Ha sonado, realmente, una hora “feminista”. La mujer, en alguna forma, ha subido al púlpito y al mismo altar.

Presagio de este “salto” lo tenemos en el Evangelio. Y Santa Teresa del Niño Jesús nos señala sus dos admirables gradaciones en su maravillosa composición “Vivre d'amour”:

Vivre d'amour, c'est imiter Marie
Baignant de pleurs, de parfums précieux
Tes pieds divins, qu'elle baise ravie,
Les essuyant avec ses longs cheveux;
Puis, se levant, dans une sainte audace,
Ton doux Visage elle embaume à son tour
Moi, le parfum dont j'embaume ta Face,
C'est mon amour!

Primero María, humilde y temerosa, osa apenas lavar los pies del Maestro; mas luego, animada por su mirada, “con una santa audacia”, “embalsama” su Faz, prologando el divino embalsamamiento de Dios-cadáver que, dentro de no mucho, realizará en el Sepulcro Santo...

Fueron mujeres, humildes y tímidas mujeres, quienes, primero — la misma Marta, la de generosos afanes “incomprendidos” (!) del propio amable Jesús — allá en las Betanias de la Vida pública, y luego en la tragedia del Calvario, asistieron con los cuidados maternales propios de la mujer, a nuestro Salvador.

¿Debemos escandalizarnos si la Iglesia, les conceda

a ellas, ahora, estas sagradas funciones de personal contacto? Es mucho que, si ellas le sirvieron los alimentos, si ellas le embalsamaron, ahora le repartan sacramentado?

Como antes decíamos: podemos imaginarnos con qué unción, con qué ternura, Teresa del Niño Jesús tomaría la Hostia divina y la repartiría a los comulgantes? He aquí un cielo en la tierra que la Santa de Lisieux no hubiera osado reclamar, y que hoy la Iglesia pone en manos de mujeres que ve sucesoras de aquellas mujeres santas.

SU OBRA DIVINA REALMENTE MAESTRA: UNA MADRE

No. No es necesario el sacerdocio en la mujer — tema que no vamos a tocar aquí — fuera de lo natural y de lo establecido, para que la mujer tenga el papel que, en su infinitamente divina fecundidad, le corresponde.

Hubo una Mujer, tan fecunda, que ha sido luego llamada, y lo es, Madre de la Iglesia, Madre de la Iglesia de millones, de miriadas de almas. Tan fecunda, que atrajo sobre sí la Sombra del Espíritu Santo, y que el pueblo cristiano, por sobrenatural inspiración, después de llamarla y proclamarla “Madre de Dios”, la tituló “Esposa del Espíritu Santo”. Sin ella, nada tendríamos. La bendita entre todas las Mujeres, fue la que nos atrajo todas las gracias. Un sencillo e ignorado sucesor del Padre Orlandis, el Padre Segura, nos dio a conocer a Grignon de Monfort, el mejor divulgador del sublime, incomprensible, y divino tema: Dios, sí, creó el Paraíso (con sus miriadas de maravillas) para sus elegidos, pero, con toda su omnipotencia, no podía crear un Paraíso para su Hijo, porque Él está por encima de todo. Pero le buscó el único Paraíso que su maravillosa omnipotencia consiguió inventar: su obra realmente maestra. Un Madre. Lo único que podía hacer descender a su Hijo de los cielos...

Y este reclamo bendito de una Madre, nos aportó la maravillosa e increíble cosa de ver a Dios, al Ser único y necesario, hecho hombre, y Hombre de corazón, Hermano mayor nuestro, y consanguíneo de todas nuestras naturalezas y miserias...

Pues bien: esta Mujer, esta maravillosa Mujer, Madre de Iglesia, no fue, propiamente, Sacerdote.

SAN JUAN EVANGELISTA, ADMINISTRANDO LA COMUNIÓN A LA VIRGEN MARÍA...

En el Monasterio de Montserrat, erigido en épocas anteriores a la nuestra, más felices en el sentido de que se sabían gustar mejor estas cosas, menos afortunadas que ahora, por cuanto la Iglesia no había, aun, volcando todas sus supercomprensiones y sus excesivas misericordias, existía — y pensamos subsiste aún — una vidriera lateral, a la que los snobs de hoy prestarán segura-

mente escaso valor artístico, y que, a nuestro juicio, era lo más exquisito que guardaba el Monasterio, después de la Sagrada Imagen. En forma ingenua y sencilla, representaba a San Juan Evangelista administrando la Sagrada Eucaristía a María, arrodillada ante el apóstol...

La Madre, la Fuente de todo bien, infinitamente más valiosa que todas las Galaxias infinitas, la Esposa de Dios, arrodillada ante el Sacerdote, que le hace llegar a su propio Hijo... Ella, la todopoderosa, no tiene el poder de consagrar...

Porque el Padre, nuestro Padre Orlandis, nos explicaba muy bien la razón de todos estos maravillosos misterios.

Es la fuerza, es el poder, de aquello y aquellas que el Padre llamaba “Almas Sacerdotales”.

Y las Almas Sacerdotales han sido, por antonomasia, las de las santas Mujeres. Precisamente porque son madres, y son fecundas, son ellas las que han de procrear espiritualmente, los sacerdotes, sin necesidad ni propiedad de que ellas hayan de serlo.

Es el secreto de Teresa del Niño Jesús cuya llamada al Claustro fue, por encima de todo “rogar por los Sacerdotes” (¿no quiere decir lo mismo que “engendrarlos” espiritualmente-) Es lo que tantas veces se ha repetido de Mónica: que de haber habido más Mónicas, hubieran asimismo existido más Agustines. Y “alma sacerdotal” fue, próxima a nosotros, y cuya vida y anecdotario santo tenemos cerca de nosotros, la madre de Santa Teresa del Niño Jesús, en sus afanes de procrear misioneros afanes admirablemente coronados en paradoja divina...

A CHAQUE AURORE, JE T'ENVIE, O PIERRE SAINTE DE L'AUTEL!

He aquí, por tanto, explicada esta bendita “hora feminista” en nuestra Iglesia. A nuestras mujeres les toca el saber corresponder a esta gracia. A esta actuación como sacerdotal, debe servir de base una “alma verdaderamente sacerdotal”.

Existe una composición poética de Teresa del Niño Jesús, poco conocida, quizá por cuanto no sea la más destacada de su formidable e inspiradísima producción. No llega, líricamente, a las alturas de “La Rose effeuillée” o de la “Mélodie de Sainte Cécile” que por ellas solas merecería una plaza entre los mejores clásicos de la literatura francesa, aun y limitándonos a su mérito poético. Mas en ella vibra esta “Alma Sacerdotal”, este dulce presagio de los futuros tiempos “feministas” que hoy nos llegan. Se hace la Santa pieza entre los sacros objetos litúrgicos, y siente santa envidia de cada uno de ellos... Así, por ejemplo...

A chaque aurore, je t'envie,
O pierre sainte de l'autel!

Comme dans l'étable bénie,
Sur toi veut naite l'Eternel.
Ecoute mon humble prière:
Viens en mon âme, doux Sauveur!
Bien loin d'être une froide pierre,
Elle est le soupir de ton Coeur.

O *corporal* entouré d'Ange,
Que je te porte envie encor!
Sur toi, comme en ses humbles langes,
Je vois Jésus, mon seul trésor.
Change mon coeur, Vierge Marie,
En un corporel pur et beau,
Pour recevoir la blanche Hostie
Ou se cache ton doux Agneau.

Sainte patène, je t'envie...
Sur toi, Jésus vient reposer!
Oh, que sa grandeur infinie,
Jusqu'à moi daigne s'abaisser...
Jésus, comblant mon espérance,
De l'exil n'attend pas le soir:
Il vient en moi! ...par sa présence,
Je suis un vivant *ostensoir*.

Je voudrais être le *calice*
Ou j'adore le Sang divin!
Mais je puis, au saint Sacrifice,
Le recueillir chaque matin.
Mon âme est à Jésus plus chère
Que les précieux vases d'or;
L'autel est un nouveau Calvaire,
Où, pour moi, son Sang coule encor...

Y estos son los suspiros de la Santa que hubiera creído subir al Cielo si, como hoy se invita, hubiera podido ascender al Altar para leer una Epístola, para administrar tiernamente y dar a Jesús a sus hermanos.

Que nuestras Mujeres, estas dignamente invitadas, templen su alma en esta divina atmósfera: que se hagan estas "Almas Sacerdotales" que nuestra Iglesia necesita tanto. Existe crisis de vocaciones, es verdad. Pero provéanos Dios de femeninas Almas Sacerdotales, y lo demás se nos dará por añadidura, por cuanto su infinita fecundidad es firme prenda de nuevas y futuras abundantes generaciones de Sacerdotes que la Esposa de Cristo necesita para su definitivo triunfo, que será precisamente en aquel momento que también Teresa del Niño Jesús anunciaba en el Apocalipsis: cuando el Ángel proclamará: "Que ya no habrá más tiempo (Apoc. 10-6)".

UNA CASULLA DE UN VESTIDO DE BODA

Queréis algo que resuma, en unas líneas, lo que es una Alma Sacerdotal femenina?

Leed lo que nos dice nuestro Arzobispo Marcelo, en

ocasión del 17 de mayo próximo, 50.º Aniversario sacerdotal de Paulo VI:

"...Acaso recuerde el Papa en este día, y nosotros recogemos de sus biógrafos el dato, por lo que tiene de delicioso el detalle, que, al día siguiente de su ordenación, celebró la primera Misa en Brescia, en el Santuario de la Madonna delle Grazie, revestido de la casulla que le había hecho su madre, Giuditta, con la tela de su vestido de novia. ¡No es mal recuerdo esta casulla, ahora que tiene que llevar otra, bordada con las preocupaciones incesantes que le causa el servicio de la Iglesia!".

En más de una ocasión, nuestro Padre, nos había señalado — creemos recordar cuando lo hacía de la madre de Pío XII, de santa memoria — los que podemos llamar "madres de los Papas". ¡Cómo no dejaría de hacerlo ahora, en que la mujer, asimismo, en cierto modo, puede exclamar "Introibo in altare Dei!".

¡INTROIBO AL ALTARE DEI!

Hoy nuestras mujeres, las madres de familia, atareadas, poco tiempo tienen para ocuparse en otras cosas más que en el oficio, siempre tan exquisito, siempre tan sacrificado, ¡siempre tan necesario!, de Marta. ¡Qué madres de familia tienen hoy tiempo, siquiera, para resollar, las pobres! En nuestra civilización atolondrada, automovilística, de consumo, cruel, antihumana, el quehacer diario no las deja gustar como María de haber escogido la mejor parte... No. No temáis; no es que reivindicemos la "herejía de la acción". La vida contemplativa tendrá siempre la preferencia que dictó el Maestro... Pero la ajetreada existencia de hoy obliga, a todas, incluso a las que no lo prefieren, a ser Martas...

No debe esto turbar. Esta Santa, que antes, con un poco de humorismo, hemos llamado la "gran incomprendida", incluso de parte del Maestro, reviste grandezas que pensamos han sido poco ponderadas. Y es en ella, precisamente en ella, en la mujer humilde y menestrala, afanada por el quehacer humilde, la que brilla un acto que sólo tiene un parangón: y nada menos en Pedro. Pedro *confesó* a Cristo: le proclamó Hijo de Dios, y por ello el primer Altar del Orbe es el de la confesión de Pedro. Pero hubo una mujer, humilde, que *confesó* a Jesús, a Cristo, con menor solemnidad, pero con la misma fe, y lo hizo en nombre de todas las mujeres. Fue Marta: "Díjole Jesús: Yo soy la Resurrección y la vida: quien cree en Mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive, y cree en Mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? Respondióle Marta: ¡Oh Señor! sí que lo creo, y que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo! (Juan 11-25).

He aquí la confesión de Marta. De una mujer.

Y hoy las mujeres piadosas, siguiéndola a ella, pueden exclamar "¡Introibo ad altare Dei!".

UN DISCÍPULO

NUESTRA SEÑORA DE BON-AYRE - ARAGÓ! ARAGÓ! FIRAM! FIRAM!

CONVERGENCIA CATALANO-SARDA

Poco observa hoy el viajero, que recorre la evocadora y tan atrayente — paradójica en su pobreza y aridez — isla de Cerdeña, que le haga revivir aquel estrecho contacto, de tantos siglos, que la uniera con nuestros Aragón y Cataluña.

Ignoramos si en algunas visitas, efectuadas con más entusiasmo y amor patrio que real efectividad, nuestras corporaciones han observado algún resto vívido, algún recuerdo. Por nuestra parte, en Alguer — ahora Alghe-ro —, no hemos sabido dar con ningún catalano-parlante, ni con nadie que entienda, ni pizca, de nuestra lengua vernácula; a lo sumo, y en esto hemos de hacer simpática justicia a dicha bonita villa — que no pocos “Atlas”, galantemente, sitúan étnicamente como catalana —, hemos visto, con satisfacción algunos evocadores títulos. Así, las rondas del Puerto siguen llamándose Bastiones catalanes, y la línea de autobuses que la une con Sassari, aún cuando su velocidad no sea la de la flecha, “freccia catalana”. Pero poca cosa más.

El centralismo italiano, exacerbado desde la implantación de la República — nada como los regímenes republicanos y demócratas para ser antiregionalistas —, pese a ciertas autonomías concedidas, hace todo lo posible en pro del uniformismo al que, de otra parte, tiende fatalmente toda la moderna sociedad de consumo. Según nuestras noticias, últimamente han puesto incluso dificultades a las iniciativas de intercambios culturales y de establecimiento de bibliotecas catalano-sardas, los medios oficiales de Roma. Los tiempos lo llevan: no nos hagamos ilusiones. Muchas cosas han pasado ya a la historia, y no volverán. Hay otros quehaceres más inmediatos, tanto más en una isla, de sí pobre, y acuciada con sus problemas del día, que son los de una provincia más de Italia.

Quizá esta nostalgia de lo que pasó para no volver, nos hace llamar la atención del lector — nosotros que nos hemos complacido en ir, en las páginas de CRISTIANDAD, comentando humilde y gozosamente varios de los viajes del Papa —, hacia una circunstancia de la última visita efectuada por el Sumo Pontífice, y que ha coincidido con uno de los escasos puntos — y precisamente, éste, de sagrada y gloriosa significación — en que la historia de Cerdeña conserva un lugar de alto recuerdo y convergencia con la de Cataluña: la Basílica de Bonaira, eti-

mológicamente de Bon-Ayre, cuya Imagen de María es la Patrona de la gran isla sarda.

Si este viaje Papal ha parecido tener un ámbito local y de menor significación y trascendencia, nos toca, en cambio, de cerca, pues ha sido para rendir — como veremos — homenaje a María en su templo de nombre y de resonancias netamente catalanas, bien que completamente olvidadas hoy.

ARAGÓ! ARAGÓ! FIRAM! FIRAM!

Como saben nuestros lectores, el buen Rey Jaime II, como gonfaloniero de la Iglesia, emprendió, esta vez bien legítimamente, la ocupación de Cerdeña, por designación del Pontífice. Era en 1322.

Magnífica empresa, digna de nuestros buenos Reyes Jaimes, de fausta memoria, al revés de la de nuestros Pedros, siempre violentos, cuando no crueles y exco-mulgados.

No podemos ni debemos extendernos aquí en el historial de tan gloriosa conquista, que iba a uncir Cerdeña al carro español, a través de más o menos alternativas, durante varios siglos. 150 naves formaron la primera expedición, que salió de Port Fangós, seguida luego de otras, para desembarcar en las costas occidentales sardas: Palma de Sols (cerca del actual Oristano), Iglesias (cuyo nombre español ha quedado), y, en especial, Alguer. Esta última villa, por su puerto natural, por pertenecer al Norte de la Isla (más risueño, menos árido), se fue convirtiendo, si no en cuartel general catalano-aragonés, en el normal y mejor puerto de arribada. Ello explica la permanencia, aún y después de la desaparición de la dominación española en el siglo XVIII, de una pequeña comunidad étnicamente catalana, que, como hemos dicho antes, hoy se debe dar por desaparecida.

Dura conquista, por cuanto toda la larga costa sarda es altamente insana, mejor dicho, pestífera. Precisamente se nos dice que la palabra “intemperie” tiene por origen la de un insalubre viento de aquellas regiones. En ellas la enfermedad diezmo las huestes catalanas, según los historiadores, ¡en cerca de diez mil infantes!

Capitaneaba el ejército catalano-aragonés el Príncipe Alfonso, que luego había de ser conocido como Alfonso IV “el Benigno”, más ilustre en los campos de batalla que en sus posteriores lides domésticas y políticas. De

victoria en victoria, llegaron a Caller, la actual Cagliari ya por entonces, de hecho, capital de la Isla, siendo de descollar la tremenda batalla de Luocisterna, donde los nuestros, en inferioridad de efectivos, batieron los ejércitos coaligados de los gibelinos, pisanos, tudescos y aún genoveses. Allí resonó el Firam, firam! de los almogávares — si alguno de ellos llegó a estar presente en la lid, pues aún en aquel momento hemos de suponerlos situados en Oriente — y el ¡Aragón, Aragón! de todos; Alfonso salvó su vida por haberle prestado su caballo el noble Bernardo de Boxadors, y así lograron acorrallar al enemigo, que se encerró en la citada Cagliari que aparecía inexpugnable.

Y fue entonces que, para oponer una fortificación a la otra, nuestro Príncipe Alfonso levantó, al Este de la capital sarda, para completar su cerco, sobre el Puerto, el castillo de Bon-Ayre — quizá llamado así por la mejor atmósfera que se respira en el Sur, en contraste con el Oeste —, cerco que acabó con la rendición de los contrarios, y con la paz definitiva por la cual la República de Pisa reconocía la soberanía de nuestra Conderación sobre la gran Isla.

Pues bien: Bon-Ayre, que se ha ido “italianizando” y transformándose en Bonaira, es el lugar del primer templo dedicado a María, cuya Imagen se hallara en una dársena del Puerto sardo, y que, desde siglos, es considerada como la Patrona de Cerdeña.

En el templo de María, visitado por el Papa, converge, por tanto la historia sarda con nuestras viejas tradiciones y glorias. En cierto modo, esta visita del Papa a la grande y pobre Isla, bien que con significación y alcances todos otros, podemos decir nos ha afectado. Y la Providencia, que bendice a través del ademán del Sucesor de Pedro, habrá hecho llegar su amplia bendición, indirectamente, hasta nosotros, porque para Dios no existe el tiempo, y si nadie se acuerda ya en Cerdeña de Cataluña, los caminos de la Providencia, eternos, sí saben, en alguna forma, hacer perdurable la historia.

COMO PÍO IX, PABLO VI SIGUE SU ESTRELLA

¡Otro viaje del Papa! Y poco explicable, como los demás, si no se examinan las cosas sobrenaturalmente, “sub speciae aeternitatis”.

En 1848, en 1849, cundía la Revolución por toda Europa. Sólo la salvó un esfuerzo de reacción desesperado; humanamente hablando, los cosacos del zar de Rusia. Todo parecía desplomarse. El Papa había tenido que refugiarse en Gaeta, huyendo de los republicanos romanos que habían asesinado a su primer Ministro.

Parecía que, en aquel momento, Pío IX debía utilizar todo su esfuerzo, toda su diplomacia, en animar, en inspirar, en bendecir cuantas iniciativas salvadoras surgieran en medio del general cataclismo. Era, de otra parte, el tiempo de los Palmerston ingleses; de los Thiers y de los Guizot; asomaba el próximo II Imperio francés,

caía Matternich que había dictado la política europea muchos lustros...

Luego se ha visto que la piedad del Papa, pareciendo incluso dejar el gobernalle de la Nave de Pedro para arrodillarse y rezar en plena tormenta, había de ser infinitamente más poderoso que todas las grandes armas internacionales...

“En los peligros, en las tempestades, busca tu Estrella...”: este sabio y profundo consejo de san Bernardo había de ser seguido por el Vicario de Cristo en los momentos de más zozobra del pasado siglo...

... y lo sigue siendo, admirablemente, maravillosamente, por nuestro sobrenaturalista, por nuestro piadosísimo, por nuestro tan exquisito como incomprendido, herido y fatigado, Paulo VI. Sigue su Estrella.

HASTA POCO HA, EL “HOMO ECONOMICUS”. — LUEGO EL “HOMO AUTOMOVILISTICUS”. AHORA EL HOMBRE EN LA LUNA.

Cunde la tempestad. Medio mundo es comunista. Se hunde todo. Apenas si, humanamente hablando, la relativa entereza de los Estados Unidos, única fuerza efectiva para conservar lo poco que queda digno de conservar en el mundo, podrá oponerse a la inundación que nos amenaza. La pobre Europa ha caído, primero en la apostasía, luego en el ridículo. Pocos y mal avenidos, los europeos no se dan cuenta de su impotencia ante un Mundo que se levanta contra nuestra civilización, pidiéndole cuentas de los deberes que, durante siglos, no ha sabido cumplir... Y la Humanidad se agita. De golpe y porrazo se ha extendido a todo el mundo esto que llamamos “sociedad de consumo”, la diosa Economía. Y, al mismo tiempo, el progreso técnico ha aportado unos cambios totales, rapidísimos, improvisados en todas las condiciones de vida. Antes era el “homo economicus”. Ahora es el “homo automovilisticus”. Y ya el hombre ha llegado a la Luna...

Todo es agitación, todo desorientación. Todo bambolea.

Y es ahora cuando, en estos momentos tremendos, de duda, de estupor, de desorientación, el Papa parece insistir: ha encontrado, como Pío XI, en medio de una tempestad ahora mil veces más desatada (pues va contra los cimientos), el remedio.

El remedio. El único, porque es genial, porque es paradójico. Porque el mundo es incapaz de comprenderlo. Y no lo comprenderá.

El remedio, ante el estupor de todos, lo proclama, más aun que con sus palabras, con sus hechos. Busca a su Estrella. Se hace infantil, humilde peregrino de María. Antes fue a Fátima ahora a Bon-Ayre. Parece tener predilección precisamente por Santuarios sitios en lugares de los que hoy, aun mirándolos con aires de regiones mundiales de cultura religiosa, llamaríamos “subdesarrollados” incluso teológicamente, que a tanto llega nuestra pedertería. Portugal y Cerdeña, que no son tenidos pre-

cisamente por albergar Oxfords, Cambridges, Lovainas, Sorbonas, Columbias, Taizés ni tantos otros altos lugares del pensamiento.

Cerdeña. Muy distinta a Cataluña. En lo físico, tiene un Gennargentu, cuyos bosques de castaños y sus altos páramos recuerdan nuestro Matagalls en el Montseny, para descender rápidamente a paisajes secos y mediterráneos, casi africanos. Como en Menorca, sus "talaiots", sus "nuraghis" prehistóricos nos hablan de viejos caminos seguidos por una Humanidad cuyos trazos, rectos o curvos, en realidad delinea la Providencia... y como en muchos países, éste es típico, en este momento de improvisada industrialización y salto, un pueblo rural, habituado a la pobreza sobre la hierba que a duras penas crece en la roca, entre los que llamamos, a nuestra manera subdesarrollados, ha pasado "del candil a la electricidad". Pronto, en el llamado "tercer mundo", este salto será superado por otro: el que pasa "del candil a la energía atómica". El País sardo, que ya no lleva "barretinas", deviene un pueblo muy típico entre los de la gran coyuntura del mundo actual.

"ESTÁ INTOXICADA DE ANGUSTIA, DE RETÓRICA, DE FALSAS ESPERANZAS..."

Allí ha querido acudir el Papa, y lo ha hecho para postrarse a los pies de su Estrella, la Virgen de Bonaira, del Bon-Ayre.

Por cierto que la prensa nos llevó la noticia de un intento de apedreamiento del coche papal. Por primera vez, en las salidas del actual Papa, ocurre esto, que no aconteció ni en Jerusalén (aún entonces Jordania), envuelto, casi arrastrado por la multitud que le aclamaba.

El tópico acude fácilmente. "¿Qué queréis?" ¡No se puede pedir mucho; se trata de sardos! Puede ser. Pero en estos tiempos de tan intenso trasiego de inmigraciones, ante la industrialización que todo lo invade, ni Cataluña es de los catalanes, ni París de los franceses, ni en Suiza pronto hallaremos otra cosa que tunecinos o sicilianos. No existen ya características raciales de los pueblos propiamente dichas, ya que los pueblos van desapareciendo y fundiéndose ante una marcha común. ¿Quié-

nes serían estos pobres desdichados que intentaron echar aquellas piedras? ¿Serían ejecutores de algo de más categoría, o simplemente desgraciados del aluvión de razas que la industria, desafortadamente desarrollada, atrae en todas partes con su reclamo?

No han sido estas piedras las que han conmovido al Papa. Está harto curado de espantos, para turbarse por tan poca cosa. No en vano adoptó el nombre de Paulo VI, y, como él, se hace Pablo, es decir, se hace el grande Apóstol que sabía de azotes, de apaleamientos y de toda suerte de peripecias. No. Su figura, feble como la del Apóstol de las Gentes, no se estremece por aquellas pedradas. Son otras, si acaso.

Son aquellas pedradas que vienen de más alto. Aquellas que preparaban los judíos cuando oían al Protomártir, a Esteban (que también Paulo VI parece hacerse Esteban), y "... ardían en cólera sus corazones, y crujían los dientes contra él" (Hechos, 7-54). Éstas sí — y a menudo son pedradas que lanzan los que no deberían lanzarlas, los que parecen situarse donde no se debiera, hallando "establecida en el lugar santo la abominación desoladora" (Mat. 24-15) — son pedradas que alcanzan, y que hieren, al Vicario de Cristo. Harto más que las de la pobre Cagliari.

... Son las pedradas que acusa el Papa, cuando el 29 de abril, dirigiéndose a un público abarrotadísimo, clamaba:

"... La Iglesia hoy ¿qué hace? Y en la ansiosa pregunta está expresada la respuesta: sufre.

"Sufre como, por lo demás, en todas partes está en sufrimiento la convivencia civil, tan avanzada como es; la sociedad civil no está satisfecha. No es feliz; el progreso ha aumentado de tal modo sus deseos, de tal modo ha revelado sus deficiencias, de tal modo ha multiplicado sus polémicas, de tal modo ha desenfrenado sus extremismos, de tal modo ha ablandado sus costumbres que raramente está contenta de sí misma... Está intoxicada de angustia, de retórica, de falsas esperanzas, de exasperado radicalismo."

Y por esto Paulo VI, como antaño Pío IX, busca su Estrella.

Sólo Ella, sólo María, la todopoderosa, cuenta en este momento.

LUIS CREUS VIDAL



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

JUNIO

GENERAL. — Que los jóvenes defiendan sus justas aspiraciones con medios convenientes a su propio bien y al de la sociedad.

MISIONAL. — Por un fecundo progreso de los Institutos dedicados a ayudar a las misiones.

TRIUNFALISMO

“Hay palabras que tienen fortuna, y se ponen de moda. Tal es la palabra “triumfalismo”. Así comienza un bello y oportuno artículo del R. P. Roberto Cayuela (1). Esta palabra está en boca de todos y todos al parecer creen entenderla; y sin embargo nadie o apenas nadie la define y explica su contenido. Y parece conveniente hacerlo, porque se presta a significados ambiguos o equívocos y a que uno combata lo que, expresado en otros términos, quizás aprobaría.

Digamos, pues, dos palabras sobre la expresión “triumfalismo”, y hagamos unas breves y sencillas reflexiones, siguiendo la ruta iluminada por el R.P. Cayuela y muy en particular por un chispeante y enjundioso artículo del inolvidable Sr. Arzobispo Dim. de Valencia, Mr. Alaechea, a quien rogamos quiera iluminarnos con frecuencia con sus escritos, breves y llenos a la vez de sustanciosa y confortadora doctrina (2).

TRIUNFO se llamaba “la recepción solemnísimá, llena de esplendor, con que el pueblo romano recibía y aciambaba al vencedor, vuelto a Roma después de una gran victoria”.

El adjetivo TRIUNFAL califica una manera *análoga* de proceder en cualquier asunto: científico, literario, religioso...

Y en fin TRIUNFALISMO es un neologismo sin definición todavía autorizada. Es difícil definirlo con definición completa y adecuada. Intentaremos por lo menos cierto análisis y descripción orientadora.

Varios elementos parecen entrar en la expresión TRIUNFALISMO:

1) El elemento fundamental y permanente es sin duda “un empleo de formas triunfales”.

2) Pero como sucede en expresiones de formación semejante, v. gr. “optimismo”, “pesimismo”, “derrotismo” y tantas otras, así también la expresión “triumfalismo” parece incluir cierta “repetición y continuidad de una clase de actos”, o “una cierta propensión o tendencia, sea ideológica sea simplemente de voluntad o afecto, a obrar adoptando formas o procedimientos triunfales, algo así como por sistema, o *a priori*, o elección general, prefijada ya, de una manera de vida”.

3) Por el uso, poco fijo todavía, “triumfalismo” parece incluir también cierta *jactancia* o *alarde* en el empleo y manifestación de formas triunfales. Pero no se trata

aquí de *jactancia* o *alarde* puramente subjetivos; pues estos actos subjetivos pueden acompañar actos triunfales, y también otros que no lo son, aun actos de pobreza o penitencia. Se trata por consiguiente de una *jactancia* o *alarde objetivo*, apreciable claramente, como tal, en el ámbito externo.

Sin querer entrar en distinciones sutiles, nosotros nos inclinamos a pensar que lo más sustancial y aun lo más apto y adecuado para percibir si hay o no hay desde este punto de vista “triumfalismo” es ver si los actos triunfales tienen o no tienen razón de ser, esto es, si van encaminados y ordenados a lograr fines necesarios o convenientes, siempre proporcionados a las modalidades del acto o actos triunfales. Si hay tales fines, las formas triunfales desde este punto de vista serán justas, no podrán ser tachadas de odioso “triumfalismo”; si faltan tales fines, las formas triunfales serán o parecerán a muchos, quizás a los más, formas triunfales inconvenientes y más bien provocadoras, o, hablando en lenguaje cristiano, formas que faltan por lo menos a la caridad y por tanto deben suprimirse o no emplearse.

Pongamos un ejemplo, donde puede verse que, aun usando el mismo término “*jactancia*”, “*alarde*”, se puede discernir suficientemente si hay o no hay “triumfalismo”, atendiendo a los fines de la acción triunfal, de la que se hace alarde. Una nación puede hacer un *alarde* de fuerza, v. gr. en unas maniobras guerreras para demostrar su potencia militar y aun su superioridad ante otras potencias enemigas: lo que puede ser acción justa y conveniente en defensa previsora contra futuras desavenencias y choques. Y si esas potencias enemigas no se dan por enteradas y persisten en su adversa actitud, pueden repetirse justamente esos alardes de fuerza cuantas veces se juzgue conveniente para conseguir los fines pretendidos. ¡*Alardes de fuerza!* Y no obstante pueden ser justos por razón de los fines a que se ordenan. Pero “*alardear*” parece incluir repetición de actos hechos simplemente para lucirse, o hacerse ver, sin fines elevados y justos a que se ordenen. Y por tanto parece incluir una complacencia exagerada en las mismas formas triunfales. Por lo cual, así sus cualidades, decimos vulgarmente que “*se pavonea*”, lo cual nos desagrade: así también de una sociedad puede decirse que “*se pavonea*”, cosa desagradable y poco noble, cuando hace ostentaciones y alardes que podrían bien omitirse o deberían omitirse, por ser exageradas o por lo menos claramente superfluas para los fines pretendidos. Así que, usando el mismo término

(1) “Cristiandad”, núm. 416, octubre 1965, p. 205 sqq.

(2) “Fuerza Nueva”, núm. 135, agosto 1969, p. 18 sqq.

material para significar una acción, por la sola diversidad de los fines, puede variar la bondad y nobleza del significado. Y eso precisamente ocurre con el término “triumfalismo”. Y por consiguiente puede haber “triumfalismo” odioso, y “triumfalismo” honesto y justo. Los anti-triumfalistas suelen censurar globalmente y sin hacer distinciones todo “triumfalismo” en asuntos religiosos.

Puestas estas nociones y reflexiones aclaratorias para no divagar en la materia, entremos ya directamente en el asunto de este modesto artículo.

Modernamente se censura con acerba dureza el TRIUMFALISMO en la Iglesia. Se quieren en ella formas sencillas y más bien humildes en las manifestaciones religiosas, y en el trato de los dirigentes así de su persona como con los demás, ya sea con los de fuera de la Iglesia como con la multitud de los fieles.

En este asunto poco tratado es fácil excederse en la censura o también en la alabanza. Quisiéramos acertar con la “vía media”...

I

Por lo que en la introducción acabamos de decir, se ve que no es ni puede llamarse “triumfalismo”, propiamente hablando, cualquier acto solemne y triunfal. Para censurar de “triumfalismo” a la Iglesia, es preciso probar que el uso y manifestación de formas triunfales es el procedimiento adoptado por ella como por sistema, o por lo menos con manifiesta preferencia en todo el conjunto de su vida. Y si esto, no, que por lo menos adopta formas triunfales sin ordenarlas a obtener fines importantes proporcionados. Por lo mismo muchas acusaciones contra el “triumfalismo” de la Iglesia caen por su base. Recorrerlas todas y hacer ver lo insubsistentes que son sería demasiado largo. Tocaremos las que suelen parecer principales.

Y una de ellas, quizá en cierto sentido la más resonante y adversa, puede brevemente formularse así: “La verdadera Iglesia es Iglesia de los pobres. Y por lo mismo esencialmente es opuesta al “triumfalismo”.

Est discurso tan difundido y tan triunfalmente proclamado, es en realidad de verdad un discurso no precisamente de pobres, sino sencillamente pobre. Consta de *antecedente* y *consecuente*. Unas cortas reflexiones sobre ambos elementos o componentes, y su composición.

1) “La Iglesia es Iglesia de pobres”. — Podría concederse este aforismo o por lo menos permitirse aun en el sentido-punta de que “la Iglesia no consta o no debe constar sino de pobres”, y aun así, como vamos a observar poco después, no fluiría la consecuencia. Pero es preciso primero dar por lo menos la distinción o matización más obvia, a saber: “En contraposición a tantas asociaciones, aun religiosas, a las que no pueden pertenecer los pobres de derecho o de hecho, la Iglesia, la verdadera Iglesia que es la Católica, no excluye a los pobres: en

ella entran con igual derecho los pobres lo mismo que los ricos”. Y aún se puede añadir que los pobres son o deben ser atendidos con especial afecto y empeño no sólo por su necesidad, sino porque Jesucristo, el Fundador de la Iglesia, fue, no indigente, pero sí pobre, vivió pobre y murió pobrísimo. Y uno de los fines de su divino mensaje era “evangelizar” o “dar la buena nueva” a los pobres (S. Lc. IV, 18). Y en fin, este cuidar de los pobres dio Él a San Juan como señal de que era “el que había de venir” (S. Lc. VII, 22). Y por lo mismo ésta es también una de las características de la verdadera Iglesia de Cristo. Así que en un verdadero sentido la Iglesia es “Iglesia de pobres”. Y si no lo fuese en manera alguna, por lo mismo no sería la verdadera Iglesia. Veamos ahora consecuente y consecuencia. Sólo advertiremos que las Iglesias locales o particulares no deben contradecir, sino más bien reflejar el espíritu y conducta de la Iglesia Universal.

2) “Por tanto, la Iglesia verdadera es esencialmente opuesta al «triumfalismo»”. — ¡Qué manera de discurrir! Y aún nos la quieren imponer triunfalmente. Pues bien, negamos la consecuencia. Pero antes queremos distinguir o matizar el consecuente.

Comencemos hablando de las Iglesias locales. Puesto lo cual, es muy fácil remontarse lógicamente de ellas a la Iglesia Universal.

Una Iglesia de pobres puede usar de formas triunfales con cierta frecuencia, y en este sentido puede decirse que usa de “triumfalismo”; y al contrario una Iglesia, compuesta de fieles ricos, puede usar habitual y constantemente de maneras y formas totalmente contrarias a las triunfales. En efecto, en una tribu pobrísima de África la Iglesia allí establecida puede para atraer a la gente o para acreditarse ante los de la tribu, puede, decimos, adoptar procedimientos triunfales, es decir, que lo son con relación al ambiente: como arcos y enramadas de flores rarísimas y vistosísimas, danzas, deportes especiales, músicas y coros musicales, refinadísimos para su gusto. Recuérdense las célebres Reducciones del Paraguay, donde se celebraban maravillosas procesiones y fiestas públicas con increíble alegría y regocijo del pueblo y de los espectadores en general. Todo esto, hecho no sólo una vez que otra, en alguna ocasión extraordinaria, sino por costumbre y en multiplicidad de ocasiones y fiestas, sería hoy llamado verdadero “triumfalismo” y como tal criticado y condenado o censurado por los modernos anti-triumfalistas. Y no obstante con ese “triumfalismo” o frecuente uso de formas triunfales, la piedad de las Reducciones era ejemplar.

En cambio, un grupo de intelectuales ricos puede enamorarse de las que llaman “Iglesia de catacumbas”: una iglesia reducida, escondida, apenas visible para que el ruido de lo exterior no estorbe la serena contemplación interna; y pueden hasta presionar al Párroco o Jefe de la Iglesia local para obrar en esta dirección.

Pues bien, si esto lo quieren para sí solos, allá ellos.

Pero si lo quieren como norma ordinaria de conducta, habitual y constante para todos, ¿con qué derecho lo hacen? La verdadera Iglesia es *Católica* y es el medio *normal* de salvación. En ella han de entrar todos cuantos puedan. Y esos procedimientos de silencio no son muy aptos para ganar multitudes. No hay que tentar a Dios; el hombre ha de hacer también cuanto está de su parte. Sin pretender molestar a nadie, nos atrevemos a decir que esos intelectuales, absortos en su idea “anti-triunfalista” y deseando una Iglesia del todo pura y despegada de lo terrestre, no consideran íntegra y profundamente la naturaleza de la Iglesia en este mundo...

En esta cuestión del “triumfalismo se ha de tener ante todo bien presente que la Iglesia verdadera no es una sociedad *invisible*. Al contrario debe ser y es esencialmente *visible*: tiene sus Jefes *visibles*; sus leyes, sus juicios, sus fieles *visibles*. Y es convenientísimo a una tal sociedad darse a conocer, puesto que para salvarse **TODO HAN DE PERTENECER A ELLA NORMALMENTE**. Es convenientísimo hacer patentes a **TODO** los tesoros divinos de que es depositaria para el bien y salvación de todas las gentes. Más aún, para el común de los mortales esto es no sólo conveniente sino casi necesario. Es decir, es necesaria una expresión social, no balbuciente y tímida sino fuerte y magnífica. Estos intelectuales, o amigos de la soledad, para poder entrar mejor en el trato íntimo con Dios, deben pensar no sólo en sí mismos sino también en los demás, mucho más numerosos que ellos. En buena hora que se recojan en soledad y oren también al Señor, Dueño de los corazones, para que los medios externos influyan eficazmente en el espíritu. Es ésta función principalísima en la santa Iglesia. Y si Dios se lo inspira, entren también en Religiones de clausura, pueblen de Monasterios los lugares solitarios y vivan allí en soledad de hombres y en trato sólo con Dios. Obrarán magníficamente, si llamados por Dios y confiados en Él, así lo hacen, y además harán un gran beneficio a los otros miembros de la Iglesia. Pero por favor, dejen al pueblo y a los que no son llamados a esa vocación sublime, que somos sin comparación los más, hacer de cuando en cuando y oportunamente esas grandes manifestaciones religiosas con el esplendor y magnificencia de culto que cae bien cuando se hace por Dios y para Dios. Y por lo menos no critiquen ni vayan repitiendo a tiempo y a des-tiempo: “Nada de triunfalismo”, “Cap triomfalisme”..., queriendo reducir la Iglesia a un “*pusillus grex*”, o por lo menos a una sociedad poco más que invisible, que consta de elementos casi tan sólo interiores.

Por la importancia de la materia, repitamos y añadamos: La Iglesia no es invisible sino visible. No es solamente “pobreza”: es también y sobre todo “*Fe, Esperanza y Amor*”. No es tan solo “silencio y cruz”, sino también “*Resurrección y Gloria*”. Hay que voltear jubilosamente las campanas después de la gran Semana de Pasión o Semana Santa, y celebrar triunfalmente y con himnos de gloria el triunfo de Cristo en su Resurrección y gloriosa Ascensión. Esto levanta y ensancha el corazón

y le da una dirección no tan sólo horizontal hacia los hombres y realidades terrestres, sino una dirección vertical hacia Dios y al mundo misterioso de las realidades divinas. El fiel cristiano, lleno de alegría, está siempre con una mirada iluminada por la Fe y una inextinguible Esperanza en una vida divina imperecedera “*expectantes beatam spem...*” (Tito II, 13), “aguardando la bienaventurada esperanza y manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo”. Precisamente en estos tiempos se necesita, quizá más que nunca, no olvidar estos aspectos luminosos y alentadores de nuestra Religión. Sería no sólo una ingratitud y una especie de sacrilegio olvidarlos o dejarlos aparte, sino también una orgullosa autosuficiencia; pues no parece sino que con este silencio queremos ayudar a corear el “Ha muerto Dios”: grito actual que sólo es o parece capaz de tolerar una generación degenerada, sin percepción ni sabor de lo divino, que mira y gusta tan sólo las bajas y terrenas realidades sin poder levantarse ni respirar en las altas cumbres de lo espiritual y divino.

Son tan importantes estas ideas, además tan sencillas en sí y a la par tan difíciles de entender en estos tiempos en los que oportuna e inoportunamente se quiere culpar a la Iglesia de lo que con gozo maléfico llaman “triumfalismo” o “constantinismo”, que se nos permitirá insistir algo más en ellas, aunque sea de una manera un poco más general y abstracta. El lector nos lo perdonará, y quizás alguno más bien lo agradecerá.

Ante todo es de observar que por lo general y de suyo las formas triunfales, en cuanto tales, pueden ser y considerarse como *medios* o como *fin*es. Por lo general no son un *fin*, algo por sí mismo y en sí mismo deseable y elegible. Son simplemente un *medio*; y por tanto, desde este punto de vista, sólo se han de emplear como medio e instrumento para obtener fines dignos. Por eso toda la cuestión, así enfocada se reduce a saber emplear las formas esplendorosas y triunfales cuando por ellas se obtienen mejor, con mayor seguridad y eficacia o con más facilidad, fines necesarios o muy convenientes. Pero para ello es preciso tener muy presentes dos cosas: 1.ª) las personas a quienes se dirigen las formas triunfales; y 2.ª) si el triunfo es algo cierto y que valga la pena.

1.ª) En cuanto a las personas hay que distinguir entre personas cultas y bien formadas, y personas menos cultas o incultas.

Las personas cultas y bien formadas prefieren generalmente, *por lo que a ellas toca*, la sencillez. Van más directamente a la realidad, sin necesitar para sí el aparato y exhibición.

Aún en el terreno *especulativo*, la persona culta y bien formada busca por lo general y oye con agrado las razones, limpias y expuestas en forma sencilla y cristalina, que hablen por sí mismas. En cambio, las personas incultas o poco cultas necesitan frecuentemente lo que diríamos “literatura”: a saber, maneras llamativas de expresar el pensamiento, generalmente en forma imaginativa, sembrada de imágenes, y, aunque, a pri-

mera vista parezca extraño, de modo que se excite el sentimiento, aquí religioso-patriótico; con lo cual más fácilmente se excita la atención, y se percibe y capta más rápida y penetrantemente lo que de otra manera hubiera pasado inadvertido y aún quizá mal entendido.

Y si vamos a la *acción*, el pueblo necesita formas impresionantes que en cierta manera le penetren hondamente. Una procesión del Santísimo, devota pero también triunfal, con música sagrada bien escogida, largas hileras de gente-bien y de gente popular también, con hachas o cirios cantando himnos, con aclamaciones fervientes al Santísimo, impresiona más al pueblo y quizá a todos, y le prepara y mueve a la acción más que una explicación especulativa del dogma. Para un pueblo suficientemente o aún elementalmente formado, todo ese grandioso conjunto es lo que para el sabio, el corto y claro, acerado y tajante silogismo. Es el medio adecuado para grabar en su espíritu más hondamente el misterio, y para impulsarlo a vivir una vida conforme a él.

Hay más. Así como a la gente bien formada y profundamente religiosa en una solemne y devota procesión, le impresiona sobre manera ver honrado a Jesucristo, que tanto se humilló por nuestro bien: igualmente el pueblo sencillo se alegra de que honren a Jesucristo con la mayor honra posible. No se necesitan grandes conocimientos y teologías para entender el amor de Cristo que hasta murió deshonrado en cruz para salvarnos. Y es natural y obvio alegrarse hondamente al verle honrado y aclamado por todos, pobres y ricos, gobernantes y súbditos, como compensación, aunque pequeña, de las grandes humillaciones que pasó por nuestro amor. Esto lo comprende fácilmente aun la gente más sencilla. Y así, una gran procesión, solemne y devota, les hace sentir vivamente esta verdad y los confirma en su culto al Santísimo y en querer participar de este misterio de amor. Por esto las procesiones del "Corpus" se han aceptado y extendido con tanto fervor religioso. Antes de que Clemente V y Juan XXII decidiesen definitivamente la celebración de la solemnidad del "Corpus" en toda la Iglesia, ya se celebraba en diversas naciones "con gran aparato y lujo" (3).

2.^a) Evidentemente las formas triunfales no pueden eficazmente emplearse sino cuando el triunfo es cierto y manifiesto.

Ahora bien, la Iglesia Católica, única verdadera, guarda un depósito de verdades certísimas, y tiene plena conciencia de ello. Seguros de que están en la verdadera Iglesia, sus hijos tienen también la conciencia de que están en la verdad. Esto supuesto, es un absurdo, un imposible pedir a los católicos que procedan en sus manifestaciones religiosas públicas como si no estuviesen gloriosamente ciertos de que poseen la verdad y están en la única y verdadera religión. Esta actitud condescendiente y por condescendencia poco firme aparentemente

puede ser a veces adoptada con fruto por una persona que quiere guiar a otra que todavía no ha llegado a la posesión de la verdad. Entonces con caridad y sabia acomodación puede a veces hablar como si tuviese las mismas dificultades que el otro cuya dirección ha asumido o se le ha confiado, para que dicha persona se sienta comprendida y en el recorrido del camino hacia la verdad sienta a su lado una compañía inteligente y con ella como asida de su mano pueda ir superando los obstáculos. Esta actitud se comprende bastante, aunque es difícil tenerla bien y con éxito para los dos. Pero fuera de estos o semejantes casos, el que está plenamente seguro de poseer verdades importantísimas, necesarias para vivir la verdadera vida, mostrará por ímpetu natural su gozo y profunda satisfacción y se complacerá en manifestarlo, sobre todo si sabe de esta manera no sólo dar testimonio de la verdad sino además un testimonio que puede ser motivo de seguridad a otros todavía vacilantes, y un rayo de luz para aquellos que todavía están entre tinieblas y oscuridades. Ver la seguridad de gente culta e inteligente, tan culta e inteligente o quizá mucho más de lo que es uno, es un comienzo para buscar con espíritu bien dispuesto la verdad, y una vez hallada, para animarse a abrazarla y perseverar en ella con resolución y firmeza.

Y por consiguiente en estos casos la manifestación de la verdad en forma triunfal hace por lo general bien a todos: a) *a los que poseen la verdad*, porque la conciencia de poseer ese gran tesoro da un gozo incoercible que necesita comunicarse y quiere comunicarse y contagiarse; b) *y a los que todavía no la poseen*, porque la seguridad gozosa y manifiesta de los que poseen la verdad da a los otros impulso para comenzar a reflexionar en busca de ella; o bien para que se determinen a eliminar dudas y fluctuaciones, con frecuencia morbosas, o adoptar resoluciones eficaces en vista de la firme posesión de la verdad que irradian los manifestantes.

Así que es contraproducente y es desconocer la psicología del pueblo y en general de los hombres, oponerse en tesis y por regla común a tales manifestaciones, admitiendo tan sólo excepciones, cuando más bien parece que conviene obrar a la inversa. Así ha sido siempre cuando una fe viva ha encendido el corazón de un pueblo. Cuando en el Concilio de Efeso salían los Obispos del recinto Conciliar después de haber defendido que la Virgen era "verdadera Madre de Dios", la multitud enardecida ni supo ni podía contenerse; y con aclamaciones y hachas encendidas acompañó a los Padres a sus domicilios. Y así pasa siempre en las grandes ocasiones, si no se oponen o imponen fuerzas contrarias.

Indicio parece de poca fe en nuestros tiempos insistir tanto en la sencillez de las manifestaciones religiosas y de los que ejercen la autoridad religiosa, como norma ordinaria de conducta, habitual y constante para todos.

Por de pronto la Iglesia Católica, depositaria de celestiales riquezas y adornada de multitud de dones y gracias en orden a la salvación y santificación de los hom-

(3) "Cristiandad", junio 1969, p. 206 199.

bres, siente necesidad de darles a conocer ese inmenso tesoro para que se aprovechen de él. El Sr. Arzobispo Dim. de Valencia, Mr. Olaechea, oportunísimamente señala con especial fuerza el don preciosísimo, exclusivo de la Iglesia Católica, de tener a su Jefe y Pastor supremo "revestido por Cristo de tal prerrogativa de magisterio que ni se puede engañar ni engañar a los otros al definir, en virtud de la misma, las verdades contenidas en la divina Revelación. — Ella presenta al mundo a su Pastor supremo dotado de un "magisterio ordinario" que exige reverencia y sumisión. — Ella presenta al mundo a su Pastor supremo como Jerarca inapelable, dotado por Cristo de tanta autoridad de jurisdicción, de por sí solo, que no la puede aumentar ni menguar la de nadie, ni la de todos los demás juntos..." (4). Dar a conocer, aun públicamente en toda oportunidad y con toda claridad tal don y tal prerrogativa no es triunfalismo; es obligación sagrada de gratitud, y deseo ardiente de contribuir al bien espiritual de los hombres, mostrándoles el designado por Cristo para guiar con plena seguridad por los caminos de la Fe y de la Esperanza, sin necesitar de ninguna colegialidad ni del voto de nadie para cumplir esta sublime misión. — Y así podríamos seguir hablando de otras prerrogativas concedidas por Cristo a su Iglesia.

Y en cuanto a los que ejercen la autoridad, sin duda puede haber y de hecho ha habido y habrá en adelante excesos, como pasa en todos los asuntos vitales cuyos límites y contornos no pueden fijarse matemáticamente. Pero en general debe notarse que el pueblo siempre ha querido que la autoridad, la suya, proceda con dignidad aun en su porte exterior. Nadie sufriría que los hombres, que ejercen autoridad, se presentasen como un rústico cualquiera, o como un hombre de la calle, uno de tantos; y menos aún que vistiesen desmalazadamente, poco más que como un mendigo, para atestiguar que la Iglesia es "Iglesia de pobres". Nadie, sino algún insensato o humorista, desearía que el Sumo Pontífice anduviese fuera del Vaticano con blusa y alpargatas, o fuese a pescar, como S. Pedro, en algún lago o río, usando pobre barquilla. A pesar de todas las teorías de sencillez y pobreza, por brillantes que sean, en contra de costumbres universales cuyo origen se pierde en la lejanía de las muchedumbres que se resiste a ciertas novedades extremosas. Evidentemente que los hombres, que ejercen autoridad, sobre todo la autoridad pública, deben también proceder en su trato personal con sobriedad y medida. Pero esto no puede fijarse con exactitud absoluta, y en concreto se debe siempre atender al ambiente social y religioso que rodea a los hombres públicos. De todos modos no hay duda que la sencillez es muy atractiva, y la tendencia quizá deba ser a regirse lo más posible por sus normas, o mejor aún a vivirla con verdad y no usarla tan sólo como traje mudable o cosa postiza, y menos aún con afectación y refinada soberbia; que de todo puede haber.

Aquí vienen con grande oportunidad unas observaciones atinadísimas, dignas de todo aplauso, de Mr. Olaechea. Valdría la pena de copiarlas íntegras. En ellas nos dice con sobrenatural prudencia y espíritu netamente Romano que quien ha de juzgar de los excesos que puede haber es el Romano Pontífice con los medios de ejecución que él juzgue oportunos. Dice así en su sabroso estilo respondiendo a cierta dificultad que presiente en sus lectores: "Fácil es que quien haya tenido cuajo para aguantar el rollo que le estoy ofreciendo, me diga: triunfalismo, sí, sin alardes; triunfalismo, sí, pero no tanto; porque la sobrecarga y el bulto de las muestras de superioridad y triunfo, particularmente en los Pastores, pueden dar por sí solos en rostro y afean el de la Iglesia Católica; tanto más cuanto nos proponemos que sea la "iglesia de los pobres"... Tiene razón mi pacienzudo lector; pero la podadera que despoje al bello tronco del ramaje y follaje que lo afean, las tijeras que corten hopalandas clericales, el agua que las destiña, el raspador de títulos y honores de la Iglesia Católica, los ha puesto Jesucristo en manos de su Vicario en la tierra; y quien, sin dejárselos él, los usa, roba... Hay quienes dicen que quedan en la Iglesia Católica, y para rato, fronda que podar, telas que cortar y desteñir y títulos que raspar. — Dios dirá. Él inspirará al Sucesor de Pedro tiempo e intensidad de podas, de cortes, de destiñez y raspaduras, como ha inspirado de reciente a la paterna prudencia de Paulo VI..."

II

No siempre las formas triunfales son meros medios e instrumentos para lograr ciertos fines. También se pueden buscar y elegir las formas triunfales como actos de culto y maneras de glorificar a Dios, al cual se debe la máxima gloria que podamos tributarle. Entonces en las almas de los que quieren dar gloria a Dios con toda verdad, esas formas triunfales nacen de un deseo, más o menos ardiente, de dar a Dios el máximo honor y gloria que esté en nuestra mano. Porque toda honra y todo honor se debe a quien está sobre todo cuanto le podemos ofrecer en obsequio y alabanza suya; fuera de que con estas manifestaciones de júbilo y de gloria se puede impresionar y atraer a la religión a muchas almas no envenenadas aún por campañas de gente más intelectual y teórica que práctica.

Entonces, desde este punto de vista, se busca y elige no la forma triunfal, en cuanto tal, sino la forma máxima posible de glorificar a Dios, la "gloria externa de Dios", la mayor que se pueda, sabiendo que todo es poco para Dios, pues en todo honor y gloria, a él ofrecida, se presenta siempre al espíritu del creyente, por poco esclarecido que sea, la impresionante verdad: "*Deus semper major*", Dios siempre, siempre es mayor, y merece más y más.

Lo único que hay que tener en cuenta, desde este

(4) "Fuerza Nueva", l. c., p. 19, clb.

(5) "Fuerza Nueva", l. c., cls.b. y c. p. 19.

punto de vista es que no se empleen formas de glorificación que, o por la poca religión de los espectadores o por análogos motivos, causen desedificación y resten por otro lado gloria y honra a Dios. Pero hay o puede haber mucho de *fariseísmo* en este repudio de formas exteriores por tal motivo, porque es fácil caer en la cuenta de que a Dios se debe todo honor y toda gloria, individual y comunitaria, cuanto más y más, mayor y mejor. Y esta verdad es bien fácil de entender.

Pero además da el caso, hablando en concreto, que en España quienes censuran las formas triunfales, no pocas veces son precisamente gente buena y culta, aunque quizá más intelectual y teórica que práctica. A éstos es preciso hacerles ver y caer en la cuenta que su mentalidad no está bastante conforme con las realidades concretas. No parece impresionarles mucho la grandeza de Dios a cuya gloria todo se ha de ordenar: lo individual y lo colectivo, en el mayor grado posible; y aun así, todo será poco. Ni tampoco quizá se hacen bastantemente cargo de la psicología del pueblo, a quien generalmente impresiona y causa, como dicen, impacto el espectáculo grandioso y las afirmaciones solemnes, al paso que la callada e íntima

consideración de las cosas, que tanto deleita a los intelectuales, le deja a él desasosegado y frío o vacío. Y en tal caso la palabra de otro no sacará al alma popular de esa frialdad o vacío si no es a fuerza, no de verdad pura y fría, sino de verdad expuesta en forma impresionante, y si puede ser, al rojo vivo. Pero ese "*rojo vivo*" se alcanza sobre todo con la llamada "*Unción sagrada*" que unja tanto la materia como más aún la forma de predicar: Unción nacida principalmente de una vida sacerdotal de quien vive de Dios y no busca sino ganar almas para Dios.

Nosotros creemos que ante verdades tan sencillas y tan fáciles de captar como son "qué es y significa la gloria de Dios, esto es, *el bien externo de Dios*, que debemos procurar cuanto podamos a lo menos por agradecimiento", parece *fariseísmo* o desconocimiento del corazón humano, empeñarse tercamente en tomar por actos desordenados de "triumfalismo" lo que parece pedir manifiestamente nuestro deber por tantos motivos de rendir culto y gloria a Dios cuanto más podamos, aunque siempre según la capacidad y modo de ser, ya sea popular ya de persona culta.

FRANCISCO SEGARRA, S. I.

(continuará)

SAN JUAN DE ÁVILA

... es un sacerdote que por muchos aspectos podemos llamar moderno, especialmente por la pruralidad de los matices que su vida ofrece a nuestra consideración y, por tanto, a nuestra imitación. No en vano él ha sido ya propuesto al clero español como un modelo ejemplar y su tutor celestial. Pensamos que él puede ser honrado como modelo polivalente de todo sacerdote de nuestra época, en la que se dice que el sacerdocio mismo sufre una crisis profunda; una "crisis de autenticidad", y que tanto la naturaleza como la misión del sacerdote no tienen ahora motivos suficientes para justificar su presencia en una sociedad como la nuestra, profanada, secularizada. Todo sacerdote que sienta dudas de su propia vocación puede acercarse a nuestro santo y recibirá una respuesta tranquilizadora. Y todo estudioso, inclinado a reducir la figura del sacerdote dentro de los esquemas de una sociología profana y utilitaria, mirando la de san Juan de Ávila, tendrá que modificar sus juicios mezquinos y negativos sobre la función del sacerdote en el mundo moderno.

(De la homilía de S.S. Paulo VI
en la canonización de S. Juan de Ávila)

JOB

Texto y Comentario. ANTIGUO TESTAMENTO. LA SAGRADA ESCRITURA.
Volumen III.

Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1969.

Por el Padre Luis Brates, S.J., Profesor en la Facultad de Teología de San Cugat del Vallés (Barcelona).

Sincrónico casi con el artículo, verdaderamente sensacional, y sobre el que CRISTIANDAD ha recibido, de todas partes, todo género de comunicaciones, aparecido hace dos meses, y debido a la pluma de nuestro tan autorizado colaborador Rvdo. P. Roberto Cayuela, S.I., nos llegó, salido de las prensas, el volumen III del “Antiguo Testamento” de la B.A.C.

Aun cuando pura coincidencia en lo material, los que incluso en la casualidad observamos algún destello providencial, no dejamos de remarcar esta notable llamada que nos llega sobre el Libro, sin duda, más misterioso, o, por lo menos, más enigmático entre todos los Inspirados.

En esta “pura coincidencia” (hoy se utiliza mucho este “slogan”) ambos Padres nos hablan de Job, bien que desde dos puntos de vista harto distintos, y con objetivos muy diferentes. El artículo del Padre Cayuela es, como antes decimos, una fuerte llamada a nuestra conciencia, reviviendo una como profecía de León XIII: no nos hemos aquí de extender en el campo del mismo, por pertenecer netamente al objetivo de CRISTIANDAD. Señalado este notable e inesperado sincronismo, paseamos ahora, brevemente, a cumplir nuestra misión informativa acerca del Padre Brates.

El JOB del Padre Brates, uno de los más autorizados escrituristas de nuestra época, no es una obra exclusiva para nuestro tiempo, sino que es una traducción eterna por así decir. Tan sabio como profundo, tremendamente erudito, el Padre Brates ha consagrado, diríamos casi toda una vida, hasta agotar el tema que se nos antoja debe ser el más desconcertante entre todos los de la Biblia.

En sus 302 páginas, la labor de benedictino del Padre Brates, aportando una documentación inmensa, abrumba. Sería, por tanto, pedantería nuestra, no ya el intentar una reseña o crítica, sino una resumida noticia. Esto último, y muy modestamente — puramente dentro de un

plano meramente informativo — nos proponemos hacerlo, cuando hayamos podido leer, releer, y saborear un trabajo de esta masa, de tal volumen, cuya sola lectura exige muchos meses: y lo haremos, como merece, humildemente y reverentemente.

Por el momento, cumplamos, como decimos, con un avance informativo. Para orientación del lector, el autor presenta una maravillosa introducción — confesamos que aún estamos en ella —, estudiando Nombre, Canonicidad, Estructura, Lenguaje (¿seremos indiscretos si hablamos de la universalidad lingüística del Padre Brates?), Texto y versiones, El problema del dolor en el justo, Unidad literaria, Contenido doctrinal, Género literario, Historicidad, Autor y tiempo de composición, El libro de Job y los otros del A.T. y las literaturas orientales. Toda la traducción está hecha conservando e inspirándose en el ritmo propio del original, difícil y hermosísima empresa realizada, en alto vuelo poético, que impresiona en alto grado, e impone por su grandiosidad, cuando no, por el contrario, cautiva al lector. Como decimos, ya habrá ocasión de volver sobre este tema. Al pie de la traducción, se desarrollan notas y comentarios de un inmenso volumen, acompañados de infinidad de referencias a todos los comentaristas universales.

Al revés de otras traducciones, en ésta, notamos una cosa, que nos atrevemos, ya, desde ahora, a señalar. En general, en todas las obras de este tipo escriturístico, brilla más la erudición histórica y arqueológica que lo demás. No ha sido éste el objetivo del Padre Brates. No olvida éste que la finalidad de la Sagrada Escritura es nuestra formación y nuestro bien; por tanto, da suma preferencia a todo su contenido espiritual y moral, al grande problema del sufrimiento del justo sobre la tierra, y a todo su infinito panorama de enseñanza y de consolución que encierra.

Felicitemos respetuosamente a nuestro querido Padre Brates. Ad multos annos.

“MODUS MORIENDI”

Para la formación de los candidatos al sacerdocio nacidos en Roma, existen naturalmente, en la Ciudad Eterna, diversos seminarios. Al par de éstos hay, entretando, también otros establecimientos de formación eclesiástica destinados a los jóvenes de las más diversas naciones. Y es explicable. En efecto, Roma, sede del Papado, es por definición el centro de la ortodoxia. Es, pues, natural, que los Obispos del mundo entero deseen enviar allí el mayor número de seminaristas, con la intención de obtener, de este modo, nuevos sacerdotes profundamente imbuidos del espíritu de la Iglesia.

Es muy de ver que esta costumbre, de suyo excelente, produce una preciosa consecuencia. Es que los Papas disponen, así, de los medios para modelar directamente a numerosos jóvenes de todas las naciones, que por su propia formación moral e intelectual podrán, en el futuro, ocupar cargos de relieve en las actividades católicas de los respectivos países.

Las grandes universidades eclesiásticas romanas siempre rebosaron, pues, de alumnos de todos los continentes. Paralelamente a ellas existen las casas destinadas a residencia de los seminaristas. Estas casas —llamadas habitualmente colegios— agrupan generalmente a los jóvenes por naciones. Así tenemos el Colegio Brasileño, como el Francés, el Germánico, etc.

En su conjunto, insisto, este sistema constituye un valiosísimo instrumento para que el Papado ejerza a fondo su misión providencial en la Iglesia.

* * *

Como bien se puede imaginar, el celo de los Papas, a partir de 1917,

se volvió especialmente hacia los Colegios de las naciones subyugadas por el comunismo. Los aspirantes de tales Colegios son, habitualmente, jóvenes nacidos en familias que, no resignándose al yugo comunista, consiguieron refugiarse en el mundo libre. O jóvenes de detrás del telón de acero que, enfrentando obstáculos y riesgos fáciles de imaginar, consiguieron llegar a Roma.

De tales jóvenes, la Iglesia espera los más valiosos servicios: el incremento de la fe entre los refugiados, la infiltración por detrás del telón de acero, etc.

Por esto mismo, también, los regímenes totalitarios siempre intentaron infiltrar espías y agentes en tales establecimientos. Sin ir más lejos, la semana pasada, las agencias telegráficas se refirieron a documentos recientemente publicados, los cuales revelan, por un lado, la infiltración del nazismo en los seminarios romanos, durante la última guerra, y, por otro la infiltración de agentes de Stalin en el Vaticano.

Nada más explicable, pues, que la Santa Sede procure, con extrema solicitud, proteger contra tales infiltraciones especialmente los colegios de las naciones bolchevizadas.

* * *

Es en el contexto de estos hechos donde se debe evaluar el verdadero alcance de la noticia publicada por un órgano de la prensa de São Paulo, la semana pasada: el nuevo director del Instituto Magiár de Roma, monseñor Fabrian Arpad, fue designado por la Santa Sede mediante previo “agreement” del Gobierno de Budapest —pues de aquí en adelante los rectores de colegios de naciones comunistas ya

no serán nombrados sin el “placet” de los respectivos gobiernos.

Para que alguien obtenga este “placet” —ponderamos— deberá evidentemente contar con la simpatía de los comunistas de su patria. Y para tener esta simpatía, es necesario no serle incómodo al comunismo... Ahora bien, siendo la filosofía y el régimen económico-social comunistas exactamente lo contrario de la religión y de la civilización católicas, es fácil de ver qué larga secuela de efectos terribles se siguen del nombramiento de los rectores de aquellos colegios según el nuevo sistema.

Tan funestos son estos resultados, que a primera vista nos sentiríamos propensos a dudar de la noticia. Pero, desgraciadamente, en los días revueltos y confusos que corren, esta duda no puede ser tan consistente como en otro tiempo. Incluso se puede conjeturar toda una serie de presiones y amenazas, las cuales, para evitar un mal mayor, puedan haber inclinado al Vaticano a la aceptación de tal riesgo.

Pero estas consideraciones están al margen de mi tema. Mi intención, en este caso, no es de estudiar la actitud de la Santa Sede, sino la del Gobierno comunista húngaro.

* * *

De mil modos y maneras propagandísticas, el comunismo intenta hacer creer que está preparado para un “deshielo” en relación a la Iglesia. Y propongo, como consecuencia, a darle una cierta libertad de acción más allá del lúgubre telón.

Un “modus vivendi” con la Santa Sede podría regular esta libertad. Basta con que la Iglesia no inco-

mode al comunismo... Así piensan los ingenuos...

En vista de esto, pregunto cómo se puede creer en la sinceridad de estos propósitos, si hasta en Roma la "longa manus" del comunismo procura coartar la libertad de la Iglesia... en materia tan inmensamente delicada. Si esto ocurre, por ejemplo, en el Colegio Húngaro de

Roma, que está tan distante de Budapest, ¿cómo dudar que esto, o algo peor aún, ocurrirá continuamente en cada sacristía y en cada convento de la Hungría actual?

Con estas intenciones por parte de los comunistas, ¿qué podrá ser un "modus vivendi" con la Iglesia? ¿Qué es —pregunto— un contrato en que una de las partes, la Iglesia,

entra dispuesta a cumplir todas sus obligaciones, y la otra entra con el deseo de embrollar y poner mala intención en la ejecución de cada cláusula?

Un "modus vivendi", no. Un "modus moriendi", esto sí.

Lo digo para alertar a los perpetuos soñadores de utópicos acuerdos con el comunismo...

PLINIO CORRÊA DE OLIVEIRA

Presidente del Consejo Nacional de la Sociedad Brasileña de Defensa de la TRADICIÓN FAMILIA PROPIEDAD

REVOLUCION PSICOANALITICA

"...ante esta inmensa ola de freudización que cae sobre nosotros y ya ha sumergido no solamente a la medicina y la filosofía sino también a toda nuestra cultura y civilización."

Ante esta inmensa ola, pocos son los que tienen el valor moral y el vigor intelectual necesarios para levantarse. Razón de más para subrayar la importancia de la toma de posición del profesor Baruk (Miembro de la Academia de Medicina, Director de la Escuela práctica de Altos Estudios) recientemente analizada por el Dr. B. Gorelik (*Revue d'Histoire de la Médecine Hébraïque*, número 80, julio 1968).

Nos sería preciso citar el conjunto del artículo, hasta tal punto nos parece que señala con fortuna lo esencial del "hecho psicoanalítico", pero nos parece hacer ya obra útil subrayando las ideas principales bajo algunos títulos.

La extensión de la revolución psicoanalítica

"... Éstos son los principales fundamentos que el freudismo pone en cuestión: las verdades que nos pa-

recían más sólidas, los postulados que nos parecían más intangibles y sobre los que la Humanidad ha construido el mundo tal como los hemos vivido hasta Freud! La revolución freudiana es tan amplia, tan universal que cada uno de nosotros se ha contagiado y cada uno de nosotros lleva sus marcas. Tanto es así que el hombre antes de Freud no se parece al hombre de después de Freud. Pues es precisamente a este hombre freudiano al que el profesor Baruk no quiere admitir. No quiere admitirlo porque este hombre ignora los valores humanos, la Sociedad, la Moral, la Religión y Dios. O mejor dicho, no conoce más que el aspecto opresivo, coercitivo, de frustración de donde le vienen todos los males...

La teoría de los instintos

"... No hay diferencia radical entre el vicio y la virtud, entre el vuelo hacia lo sublime y la caída en el abismo."

"Basta que un deseo sea frustrado, que un impulso sea reprimido para que el comportamiento cambie de dirección. El regolfamiento no aniquila el deseo frustrado. Éste,

obedeciendo a una dinámica que rige la infraestructura de la conciencia se modifica, se convierte o bien se desvela ulteriormente. Las pulsiones regolfadas esclavizan al hombre, durante toda su vida. Y toda motivación está subordinada a la reactualización de los conflictos de la infancia. En suma, el hombre freudiano queda sometido a su infancia. Es el juguete de sus vaivenes psicológicos que no son otra cosa que el eco de los instintos en otro tiempo reprimidos e insatisfechos.

"¡He aquí el *Homo Sapiens*, tal como Freud lo presenta!, como un 'un barco ebrio' sacudido de uno a otro lado. ¿Moral? ¿Humanidad? ¿Trascendencia? Lo ignora. Es un ser contingente. Su vida está en función de sus conflictos..."

El pesimismo de Freud

"... El hombre freudiano regolfa, hace retroceder aquello que su Sobre-Yo juzga inaceptable, pero no queda menos sometido a la economía de los conflictos, cuyas leyes establecidas por Freud son de un orden extraño a la Razón... Sin Razón y sin Libertad, el hombre freudiano ¿es capaz de asumir una

responsabilidad cualquiera que sea? Vive en el absurdo como el hombre existencialista...

"Un viento de tristeza y de pesimismo sopla a través de toda la obra de Sartre y de Freud... No hay salvación para el hombre. Como Sísifo, es condenado a un trabajo sin fin, el de buscar una solución a conflictos que renacen sin cesar."

La metodología freudiana

"... En realidad es sobre todo a la metodología psicoanalítica a la que el profesor Baruk se refiere. 'El Psicoanálisis, escribe, es conducido a una sospecha que asemeja la moral freudiana a la moral policíaca, a la moral de sospechas que es preciso despistar por trampas, por maniobras. No hay en el psicoanálisis el coloquio particular de hombre a hombre. El psicoanalista no habla, se limita a extraer por el análisis de los sueños o de las palabras escapadas sin control, los pensamientos ocultos o regolfados con lo que se violan los pensamientos íntimos por procedimientos fraudulentos...'"

"... Él permanece fiel al espíritu y doctrina judías... Cuerpo y alma son igualmente sagrados. Si el cuerpo viene de la tierra, no por eso deja de ser formado por Dios. En cuanto al espíritu, es una porción del mismo soplo divino. Toda agresión contra la persona o la personalidad es un sacrilegio... Baruk prohíbe que se toque al hombre... Estigmatiza las incursiones hostiles y vejatorias en el dominio espiritual del hombre, como el crimen del lavado de cerebro que rebaja a los hombres al rango de los perros de Pavlov... La obra del profesor Baruk es una especie de adecuación

de la Moral a la medicina, o mejor dicho, de la Medicina a la Moral. Se comprende que tal espíritu se oponga al psicoanálisis que viola la misma intimidad del hombre, lo que en él hay de más sagrado, su alma y su esencia."

Freud y la religión

"Aunque fundamentalmente ateo, Freud debe mucho al judaísmo y a la mística judía desviada de su fin trascendental:

"... la religión, en general, no ha tenido jamás un detractor más peligroso que Freud. Ni Voltaire, ni Nietzsche, ni Marx, ni los existencialistas, nadie ha podido sacudir la religión. No ocurre lo mismo con Freud...!"

"El freudismo desmitifica la religión. Pero, la religión soporta mal la desmitificación. La desmitificación de la religión la reduce a una neurosis obsesionante, a una ilusión arqueológica. Es la angustia del hombre ante la hostilidad de la inmensa y todopoderosa Naturaleza que sería la fuente de toda religión... Para Freud, la religión no ha sido revelada. Es esencialmente psicógena, esencialmente afectiva, un término de la estrategia del deseo todopoderoso... Para Freud, la religión es un delirio, pero un delirio socializante. Sólo la religión puede responder a todas las interpelaciones del hombre. Sólo ella le libera de las angustias que la cercan, durante su vida la salva del desespero del vivir y del morir..."

"Freud prevé, sin embargo, el día en que el hombre ya adulto se presentará solo, sin ayuda de la ilusión cara a cara ante la realidad... despoblando el cielo, Freud sitúa al hombre ante el abismo, la

nada. Es siempre el 'pensador trágico'. Se comprende que Baruk no acepte este pesimismo."

La respuesta del profesor Baruk

"... ¿Cómo sobrevivir a Freud?, pregunta Vallébrega. El profesor Baruk tiene una rápida respuesta. Es preciso acosar el sol negro de Fedro que Freud proyecta sobre la humanidad. A pesar de su debilidad y su precariedad, el hombre merece confianza. No es un ser contingente, absurdo. Es una entidad que participa en la marcha de la humanidad, en el progreso. *Y el progreso no es una huida hacia delante, sino una marcha hacia la trascendencia.* Hay una presencia divina que garantiza la dignidad del hombre y los principios de la moral. El hombre no está condenado y ser siempre la presa de sus conflictos. Hay preceptos físicos y morales que deben dirigirlo... y estar convencido que la fe y la moral presiden el equilibrio psicológico y físico del hombre... En fin, el hombre no puede guardar la situación solipsista, ni formar parte de una horda como cree Freud. El hombre es un miembro de una Kehilah, organizada, regida por el Decálogo al que 50 siglos de ciencia nada le pueden quitar ni poner sin conducir cada vez a una catástrofe.

Es preciso, sin embargo, reconocer con B. Gorelik reconocer que Baruk no niega la aportación positiva del psicoanálisis a la psicología y a la psiquiatría, notablemente en lo que concierne al simbolismo de los síntomas mórbidos y la realidad de las afecciones psico-somáticas, pero éste es tal vez el nudo del problema y será preciso volver a tratarlo aquí.

J. DE BUTLER

EL CABALLO DE TROYA EN LA CIUDAD DE DIOS

El humanista cristiano Dietrich von Hildebrand, en su obra "El caballo de Troya en la ciudad de Dios", somete a dura crítica el mundo actual, las opiniones que flotan, crecen, se agitan, se desarrollan — peligrosamente — en el mismo seno de la Iglesia. Si el trabajo no estuviera dotado de una formidable dosis de optimismo, creeríamos hallarnos ante una obra desesperanzada. Ni desesperanza, ni desilusión, ni amargura: meditación, honradez, verdad. Búsqueda afanosa, leal, de esta última. Tales son las características de este estudio, verdadera enciclopedia de errores y desviaciones, llamada de atención general para que despertemos del sueño que hayan podido producirnos engañosas y pérfidas sirenas.

LA VERDAD

Desgraciadamente algunos filósofos consideran hoy día que la misión de la filosofía es la formulación conceptual de las orientaciones y tendencias que hoy día están "en el aire que respiramos". De este modo, se divierten poniendo en juego el presente en contra del pasado (y saborean a veces sentimientos de desprecio hacia épocas pasadas), en vez de seguir su verdadera vocación como filósofos, que consiste en buscar la verdad" por encima del ritmo de la historia". Piérdense algunos en "vanas palabrerías", en distinciones sutiles y artificiales. Hablan de la "verdad griega", de la "verdad bíblica". Y a éstos les replica Hildebrand el hecho fundamental de que "la verdad en todas sus dimensiones es la espina dorsal de la fe cristiana". "Al comparar posiciones como las de Thomas Sartory con las proposiciones del cardenal Newman, o de cualquier santo del pasado, nos vemos obligados a sacar la conclusión de que muchos católicos progresistas han perdido en realidad su fe y están tratando ahora desesperadamente, por medio de construcciones confusas y pretenciosas, de engañarse a sí mismos y de engañar a los demás acerca de este terrible hecho".

SECULARIZACIÓN

Denuncia la secularización, que le parece el camino "para minar toda posibilidad de relación y de unión más profunda con las Iglesias ortodoxas", llenas de un profundo sentido de lo sobrenatural, así como un estorbo

para acercarnos al protestantismo ortodoxo, dotado de una suma aversión al *saeculum*. La secularización lleva consigo una apostasía de Cristo. "No cabe duda de que, en días pasados, se ha hecho mucho daño a la Iglesia por un duro legalismo o por una especie de pontificalismo... No cabe duda de que, a pesar de la voz de los Papas..., algunos sacerdotes y obispos estaban más interesados en mantener buenas relaciones con los ricos y poderosos, o al menos daban muestras de mayor solidaridad con los "bien pensantes", que con los obreros y campesinos. Y, alguna vez, mostraban muy poco interés por los padecimientos de los pobres... La legítima antipatía a todo esoterismo, a toda condescendencia paternalista hacia los laicos..., ha conducido en muchísimos casos a una desgraciada alianza con el ídolo de la igualdad que trata de destruir todas las estructuras jerárquicas..." Pero una cosa es esto — achaques que hay que reconocer — y otra ignorar la gravedad del proceso de desacralización. Se cae en un enfoque "democrático" nos dice Hildebrand, y, leyéndolo con atención, creemos descubrir y ahondar más, y nos percatamos de que muchos "no atinan ni aciertan cuando desconocen el anhelo que todos los hombres tienen hacia lo sagrado".

Si leemos bien el libro de Hildebrand, observaremos con cuánto vigor condena ciertas ramplonerías con que se quiere sustituir las formas más nobles de la belleza en el culto de la Iglesia. — Es aventurado tomar partido, y aquí nos limitamos a reseñar. Sin embargo, una iglesia semejante a un almacén, por funcional que parezca, difícilmente despertará el anhelo de Dios. La belleza conduce a Él. La belleza no es una cosa barata, superflua e inútil que no sirve para la pastoral y para el mensaje. Se me quejaba días atrás un joven párroco de cierto altar barroco, de alta categoría estética, que se veía obligado a tener en el templo. "La iglesia — me dijo — no es un museo". De acuerdo; pero el dinamismo de la belleza escultórica, arquitectónica, pictórica, musical, eleva el alma a Dios. Y las hermosas imágenes elevan el alma a Dios. Y la música discordante, no eleva, achata el alma.

AMORALISMO

"El que muchos maestros, en América, hayan aceptado ingenuamente a Freud, ha conducido a la eliminación

de las categorías del bien y del mal en la enseñanza y educación que se da en los centros de enseñanza media y en las universidades." Hildebrand ataca la "ética de circunstancias", y se explica la receptividad para el "amoralismo" como reacción contra el excesivo moralismo legalista. "Indudablemente, los argumentos tradicionales que se ofrecen en favor del valor moral positivo de una virtud y del valor moral negativo de un pecado son a veces insuficientes, y deberían sustituirse por argumentos válidos. Esto constituiría un progreso en el conocimiento de los valores éticos. Pero no sería la sustitución de una "vieja" moralidad por otra "nueva". El término de "nueva moralidad" induce a error, porque la moralidad se refiere siempre a valores morales positivos y negativos, y no a su formulación filosófica. Dicha formulación se denomina ética. Puede haber cambios en la *ética* cristiana, pero nunca en la *moralidad* cristiana".

Laméntase Hildebrand del trastrueque de valores que se ha operado con pretensiones de actualización. He leído (informo, no pretendo opinar) trabajos teológicos en que, con la intención de armonizar la tradición con las doctrinas evolucionistas, llega a afirmarse que todo pecado lo es en cuanto transgresión de la evolución, detención voluntaria de la misma por parte del hombre. Así, muchos pecados dejarían de serlo. Y en cambio, se exaltarían valores que no tienen la importancia de la perfección moral. Veamos cómo se expresa literalmente: "Bienes tales como el bienestar terrenal de la humanidad, como el progreso científico, como la dominación de las

fuerzas de la naturaleza son considerados o como mucho más importantes que la perfección moral y la evitación del pecado, o por lo menos suscitan mucho más interés y entusiasmo".

FALSO IRENISMO

Otros aspectos — muy notables — se registran en "El caballo de Troya". Recuerdo ahora — como muy notable — el fetichismo de la hora actual. Hemos de ser — vienen a decirnos — hombres de hoy. Y he aquí que el hombre de hoy — para Hildebrand — en una abstracción inexistente. Estamos rodeados de fetichismos, como el temporalismo y el fetichismo de la ciencia, y nada ha de extrañarnos que hayamos caído en el irenismo. "Una reacción contra la dureza de muchas condenaciones de herejes en los siglos pasados ha provocado una antipatía hacia el principio mismo de condenar las herejías... Un falso irenismo está difundándose entre los católicos". "Quede bien claro — observa con lucidez — que, cuando, por una confusa noción de la caridad o por debilidad de corazón o por benvolencia superficial, creemos que hay que dejar en su error a la persona que yerra: entonces hemos dejado de tomarle en serio como persona, y no tenemos ya interés en su bien objetivo".

Plagado de extraños destellos, lleno de sugerencias "El caballo de Troya" es obra digna de ser meditada a fondo por el lector moderno.

FRANCISCO SALVA MIQUEL

SAN JUAN DE ÁVILA

... el contraste histórico de los tiempos, en los que vivió y actuó el santo con los tiempos actuales; contraste de dos períodos ciertamente muy diversos entre sí, los cuales, por otra parte, presentan analogías no tanto en los hechos, sino más bien en algunos principios inspiradores, tanto de las vicisitudes humanas de entonces como de las actuales; resurgimiento, por ejemplo, de energías vitales y crisis de ideas, de reformas y de discusiones conciliares aquél, como lo es éste que estamos viviendo. Y al mismo tiempo parece providencial que se evoque en nuestros días la figura del maestro de Ávila por los rasgos característicos de su vida sacerdotal, los cuales confieren a este santo un mérito singular y siempre estimado por el gusto contemporáneo, el de su actualidad.

(De la homilía de S.S. Paulo VI
en la canonización de S. Juan de Ávila)

LA IGLESIA

(conclusión)

D) HEREJÍAS

“La voz de alerta contra los falsos profetas y maestros resuena por todo el Mundo Testamento desde los Sínóticos hasta las cartas joánicas y hasta el Apocalipsis” (291).

Bravo por Küng (Cf. el folleto “Guardaos” en donde aún faltan otros y estos del Apocalipsis 2, 14, 15, 20). “Las herejías viven de una verdad y a veces de muchas” (294). ¡Qué sentencia tan atinada! Ya lo había dicho San Agustín: “Nadie se adhiere al error por el error sino por la verdad que encierra; y nadie busca el mal por el mal sino por el bien que le seduce”.

“Lo que no debiera negarse a esos hombres, a pesar de su exaltación... es la buena fe” (299). No lo afirmaré tan de prisa. Quizá distingamos: la creen tener en algunos momentos de esa exaltación, concedido muy de veras. ¿La tienen habitualmente? Es muy problemático. ¿Cómo es que rehúsan el diálogo apenas otean un rayo de luz? ¿También va de buena fe el asesino porque sabe que se juega la vida? ¿También va de buena fe el mismo suicida? Bajo algunos matices, sí; pero ni se la concederemos de pleno ni dejaremos de limitar su libertad, para que no llegue al fatal desenlace. Allí en el fondo y no muy abajo, existe un orgullo, un ansia de sobresalir, un afán de popularidad, una agolatría tal que, llegada la ocasión, alienta a superar la misma muerte.

¿Libertad religiosa?

Küng acomete aquí, con firmeza, el asunto de la Inquisición, para abarcar con este vocablo, cuanto se refiere a tensiones entre cristianos. No voy a discurrir sobre libertad religiosa aunque de esto se trata. Ni mucho menos alabaré procedimientos dignos de reproche, aunque Küng habría hecho bien estudiando mejor la historia de España sin olvidar la de Inglaterra y la de Irlanda. Me limito a copiar los textos del Apocalipsis arriba mencionados, 2, 14: “Tengo algo contra ti: que TOLERAS ahí a quienes siguen la doctrina de Balam”, 15: “Así también TOLERAS tú a quienes siguen de igual modo la doctrina de los nicolaítas. Arrepiéntete pues”; 20: “Tengo contra ti que PERMITES a Jezabel, ésa que a sí misma se dice profetisa, enseñar y extrañar a mis siervos”.

De haber preguntado al Señor con qué medios debían impedirlo, no sabemos lo qué habría contestado; pero por lo menos habría dicho: prohibídselo; prevenid a todos; que no les escuchen, que no les dejen entrar en casa, negadles toda clase de facilidades para propagar sus ideas. Me dirás: pero usted no estará conforme con ello, si viceversa los otros se portan así con usted. De acuerdo; no lo estaré; y consideraré muy racional que, de sentirse ellos seguros de su fe, me impidan una propaganda que juzgan perniciosa. Para evitar males mayores, podremos entrar en componendas mutuas, puesto que la prudencia es la virtud que debe regular a las demás. Mas será con dolor; y seguiré con ansias de sembrar el trigo y de evitar la siembra de la cizaña para no ser reprendido de perezoso y malsano dormir.

En plata: forzar a nadie, física o moralmente, a profesar una doctrina que no siente, mala cosa es; emplear todos los medios lícitos para impedir la seminación del error, cosa muy buena y gravemente obligatoria.

Atinadamente Küng: “Es cuestión que afecta a la vida entera de la iglesia de cómo ha de luchar y polemizar la Iglesia con la herejía. Pues por ningún caso DEBE CONFORMARSE CON ELLA” (303).

Por lo pasado, presente y futuro, cada cual responderá personalmente ante Dios de su conducta. Pero ciñéndonos a los reformadores del siglo XVI, cabe esta reflexión. Si en vez de levantar bandera de rebelión, hubiesen imitado a un Ignacio de Loyola, a un Felipe Neri, a un Francisco de Sales y, unidos todos en un esfuerzo común, reformar y REFORMARSE, ¿no habría salido ganando la Gloria de Dios y la Causa de Jesucristo?

“El que, como los corintios, deshace con banderías la unidad de la iglesia, expulsa al Espíritu. El que expulsa al Espíritu, destruye el templo, destruye la Iglesia y, a la postre, se destruye a sí mismo”. También esto es de Küng (206).

¡Maravilloso de verdad!

SERVICIOS DE LA IGLESIA

El Papado

Hemos insistido en que los vocablos no hacen las cosas, sino los hechos y las ideas. Es evidente que no está la Iglesia para el Papa sino el Papa para la Iglesia.

Luego este cargo, por más supremo que sea, tiene razón de servicio. Si en la práctica se abusó del mismo, si cierta terminología dista mucho del carisma servicial, son aspectos accidentales que se hará bien en corregir, y amoldar, lo más posible, a la realidad del hecho.

Con estas observaciones quedamos dispensados de seguir muchas páginas de Küng que damos por buenas. Permitaseme recordar a este propósito una anécdota. Un buen obrero, haciéndose eco de las habladurías populares, tan generalizadas y tan agrias en este punto, hablaba también contra el fausto de la corte pontificia y ante las explicaciones que yo le daba, él mismo añadió: Sin embargo, usted tampoco disiente mucho de mi pensar, porque en su libro "Luz y Vida", al tratar de esta cuestión escribe: "Actualmente también se tiende por este camino (de ir cercenando los excesos); y si andando los años se llega a un nivel extremadamente sencillo, tampoco dejaremos de aprobarlo" (pág. 302 de "Luz y Vida").

Donde hallo bastante que decir, es en torno al fondo del asunto, sobre la existencia de un Primado Petriño expuesto en pág. 539 y particularmente, en pág. 540. Esta página, hasta el número 2, me sabe (permítaseme, por favor, la expresión) a un ratoncito roedor que intenta horadar la puerta de hierro de la despensa.

Francamente leo y releo la página y me siento desconcertado. En el párrafo segundo de la 540, línea 6.^a, se lee: "Realmente, apenas cabe dudar (con esto parece tener relación la prioridad de la aparición pascual) de que Pedro fuera uno de los más íntimos discípulos de Jesús y hasta el portavoz de los discípulos de Jesús y que por esta razón aparece su nombre a la cabeza de la lista de los doce", y corrobora, con citas, estas "suposiciones".

Respuesta: Solamente con lo que el mismo autor "supone" y realmente demuestra quizá sin querer, parece evidente que, la frase dubitativa "apenas cabe dudar", precisa cambiarla por la frase: NO SE PUEDE DUDAR. No se puede dudar de que, por lo menos, era uno de los más íntimos. Por ello casi se habría de concluir que no vale la pena examinar lo demás; porque quien pone salvedades a una idea más clara que el sol ¿qué no hará con otras? Y es un protestante, Oscar Cullman, quien nos ayudará. Él ha contado las veces que Pedro es nombrado en el Nuevo Testamento: son 190 veces. Juan, en cambio, 29; Santiago 15; y Küng dice que apenas cabe dudar que Pedro fuera uno de los más íntimos. De modo que, absolutamente hablando, se podría dudar!!!

Pero vengamos a las cuestiones que dice se discuten: 1) Si el nombre de honor que se añade a su nombre primigenio de Simón (Mc. 1, 6)... Cephas (arameo, Kepha = roca = Pedro) le fue puesto por el Jesús histórico mismo (¿como promesa para el futuro?) o por la comunidad primitiva" (540).

Respuesta: Son los cuatro evangelistas que nos dejan constancia del cambio de nombre. Por lo tanto, si vamos con estas dudas y vacilaciones ¿qué haremos de todo el Evangelio? Noble Pablo, que siempre le llama Cefas-

Piedra. Y si fue él y no Jesucristo quien le aplicó el vocablo, la trascendencia es igualmente muy significativa.

2.^a cuestión: "Si el logion (Mt. 16, 18 s.) ... es una palabra del Jesús terreno... o BIEN si fue puesto por la comunidad primitiva en boca de Jesús, para autorizar el puesto de Pedro en ella" (540).

Respuesta: Si es obra de la primitiva iglesia, prueba que toda ella sentía que PEDRO ERA EL JEFE SUPREMO; y lo sentía bajo la influencia del Espíritu Santo y BAJO la misma lo introdujo en el Evangelio; tanto más que el mismo egregio autor sostiene que la infalibilidad apostólica pasó a la primitiva Iglesia. Pero en esta hipótesis (que naturalmente rechazamos) también tuvo que introducir Mat. 16, 22-32: "Retírate de Mí Satanás" relacionado con lo anterior, según afirma el mismo Küng. Y retiremos la escena de los Zebedeos y de su madre; y el pasaje del niño y de quién es el mayor en el reino de los cielos, todos relacionados con la gran promesa. ¿Cerramos, entonces, con el Evangelio?

Pero de estar las cosas, como quieren muchos protestantes y apunta Küng siquiera como hipótesis, ¿cómo le pudo ocurrir a la comunidad primitiva aplicarlas al "fracasado" Simón, en vez de aplicarlas al "gran" Santiago, "el hermano de Jesús"? Por poco que razone el lector, reconocerá las incongruencias de tales hipótesis. Ellas sólo sirven para confirmar más la verdad católica.

3.^a cuestión: "Si la palabra de Mat. 16, 18 s. otorga a Pedro una verdadera potestad sobre la iglesia universal o BIEN... sólo una posición elevada... como portavoz y representante y TAL VEZ, incluso director de los doce".

Respuesta: Realmente no hay peor ciego que el que cierra los ojos.

Y aunque sea muy conocido, no estará de sobra transcribir aquí el pasaje en cuestión: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo ha revelado la carne y la sangre, sino mi Padre celestial.

"Y yo, a mi vez, te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

"(Y) Yo te daré las llaves del reino de los cielos. Y cualquier cosa que ates en la tierra será atada en los cielos. Y cualquier cosa que desates en la tierra, será desatada en los cielos".

Léase este pasaje a cualquier imparcial y todos afirmarán:

"Este Jesús promete a este Simón, la suprema e infalible potestad sobre esa Iglesia que piensa fundar y ya está fundando. Y siendo esto así, o la Biblia no es divina o es patrimonio exclusivo de algunos iniciados, o hay que estar a la interpretación católica. Aplíquense las mismas palabras a un superior cualquiera, como dirigidas a un subalterno y ni los niños dudarán de que aquél concede a éste la máxima y más absoluta potestad sobre la empresa de que se trata."

Sigamos con el diálogo: Apretado por la evidencia, Küng se anima (aunque con un tal vez) a suponerle director de los doce, pero que permanece esencialmente,

en el plano de los once restantes" (511). Esencialmente igual, en cuanto hombre, claro que sí. En cuanto a postestad ¿pueden equipararse en plano social director y subordinado? Y relea nuestro buen autor lo anterior y rectificará sin duda. Además, ¿reparó Küng que después de la Ascensión del Señor, el ÚNICO que habla y define es Simón-Pedro? Aparte de las pocas palabras de Santiago en el Concilio de Jerusalén, los demás ni que fueran mudos todos. Y Simón ni consulta ni vacila. Y nos formula las grandes definiciones que constituirán el fundamento de la Iglesia para todos los siglos. Luego, ROCA y CLAVERO y ATADOR tienen el significado de BASE, de AMO de casa, de JUEZ inapelable. Naturalmente de cara a los hombres y salvo casos excepcionales de locura o cosa por el estilo.

Prosigue Küng: "De manera análoga que Mat. 16, 18 s. se juzga también Joh. 21, 15-17". Así, agua va. Sin pruebas. ¿Qué culpa tiene Juan para ser tratado como Mateo? Otra vez apelo al sentido común de los hombres todos, sin excepción alguna. "Y habrá un rebaño y un Pastor", había anunciado Jesús en Jn. 10, 16. "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas", ordena ahora a Simón-Pedro. Y en cambio en la hipótesis de Küng y simpatizantes resulta que no hay ni un rebaño ni un pastor sino infinidad de rebaños y quizá más pastores todavía.

2. Otro aspecto del mismo tema: LA PERVIVENCIA DEL PRIMADO PETRINO.

Después de haber intentado minar los fundamentos de la institución divina del Primado de Pedro, busca socavar la prosecución en el cargo. Leamos: "En perspectiva histórica es importante que después de Antioquía (cf. Act. 15, 7; Gal. 2, 11) ya no se hace mención de Pedro" (541).

Respuesta: En cronología de escritos según el orden actual de los libros del Nuevo Testamento, es verdad; pero yo lo encuentro nombrado en 1.^a Cor. tres veces y siempre en orden supereminente: 1, 12; 3, 22; 9, 5. Y Corintio no es Jerusalén; y es feudo de Pablo; y éste lo cita en plan de misión universal, al menos en el último caso: "¿No tenemos derecho a llevar en nuestras peregrinaciones una hermana, igual que los demás apóstoles y los hermanos de Jesús y CEFAS? (que las palabras éstas fueran escritas antes o después de Gálatas, me parece tiene poca importancia).

"En contraste con el martirio de Santiago nada se cuenta en el Nuevo Testamento de cómo acabó Pedro su vida" (id.). Otro mordisco, aunque sea pequeño.

Y Santiago es decapitado apenas iniciada la vida de la iglesia, cuando aún han de escribirse todos los libros. Y Pedro muere cuando todos los escritores han fallecido ya o poco menos. Y nos maravillamos que no se refiera su muerte. Pero se refiere en el capítulo adicional del Evangelio joánico 21; 18-19. Y el mismo Küng lo apunta.

Pero ¿por qué no refirió que Pedro murió en Roma crucificado bajo Nerón? Küng, que tan enterado se halla de las inquisiciones de todo género, parece se olvida que

la persecución también entonces existía y furiosa; y la prudencia más elemental era guardar estas noticias sigilosamente y no lanzarlas a los cuatro vientos. ¿Verdad o no?

"Nada se cuenta de que se nombrara un sucesor". Otra vez nuestro buen hombre. ¿Hacia falta por ventura? Jesucristo profetiza que Pedro morirá y que morirá crucificado (las palabras no son explícitas pero el sentido es obvio). Profetiza después que la Sociedad perdurará hasta la consumación de los siglos. Había bastante. "*Adhuc et vos sin intellectu estis?*" ¿También vosotros carecéis de entendimiento? ¿Tanto cuidado de Cristo en montar su Iglesia jerárquica y MONÁRQUICA en vida de sus oyentes y ahora tomará Él la dirección inmediata o la abandonará a merced de la suerte?

Afirma ahora Küng en página 541: "dos cuestiones se discuten en este contexto: 1.^a Si Santiago, que tras la marcha de Pedro estuvo evidentemente a la cabeza de la comunidad de Jerusalén, fue simplemente rector de aquella Iglesia local, y siguió subordinado a Pedro como cabeza de la Iglesia universal, o si Pedro fue relevado también por el hermano del Señor, Santiago, incluso como rector de la Iglesia universal (suponiendo que él lo fuera) como se suele deducir de la 2.^a parte del libro de los Hechos (12, 17) de Gal. (2, 12) y de fuentes extracanónicas". De este párrafo otra vez se colige en el autor el afán de minimizar el papel de Pedro. El mismo Cullman sostiene que precisa reconocer el cargo de Pedro, como jefe del grupo apostólico, por lo menos, hasta su encarcelamiento. Küng nos brinda la duda con el paréntesis (suponiendo que él lo fuera) y da la sucesión de Santiago, como cosa poco menos que cierta, al añadir "como suele deducirse, etc."

Resp: No cabe dudar de que Pedro fue rector de la Iglesia universal, aunque sólo tuviéramos Hechos 9, 32 "y después de haber ido Pedro por todas partes, vino también a los santos que moraban en Lida" (visita pastoral universal en toda regla). Ni puede deducirse la superioridad de Santiago, de Hechos 12, 17, ni de Gálatas 2, 12. No, del primero porque sólo dice "Contad esto a Santiago y a los hermanos y salió Pedro yéndose a otro lugar".

Y aquí se presenta además una circunstancia en la que quizá no se haya reparado suficientemente. Y es que luego, en el capítulo 15, lo hallamos en Jerusalén presidiendo el Concilio. Si no se movió de allí, continuó JEFE. Y si se marchó, el Espíritu Santo lo trajo adrede para que presidiera el Concilio. ¿Verdad o no?

Tampoco Gálatas 2, 12 ofrece argumento para las vacilaciones de Küng; porque bien examinado el pasaje, Pablo da a entender que está hablando con el JEFE; y al proclamarle abiertamente JEFE de la misión judía, lo proclama JEFE universal ya que "primero, el judío y después el griego" (Rom. 2, 9).

Segunda cuestión que plantea nuestro agregio autor: "Si los textos petrinos quieren expresar el estableci-

miento, único, irreplicable de un fundamento o más bien una función permanente en sentido" (542).

Respuesta: Con lo que precede y con la realidad innegable de una Iglesia con veinte siglos de existencia, huelgan los razonamientos. ¿A qué venía el Pedro-Roca personal, como suplantando a Cristo? ¿Y no afirman los protestantes que tampoco era tal Roca ni fundamento?

Luego o los textos petrinus no tienen explicación plausible o hay que interpretarlos en función de un cargo que durará hasta el fin de los tiempos. Pág. 524: Otra vez nos enfrentamos con toda la magnitud del problema. Resumen a Küng. ¿Dios no es libre de suscitar apóstoles dónde y cuándo le parezca bien aunque no estén concatenados con los primeros apóstoles y sucesores?

Respuesta: Sería ciertamente libre, si no se hubiera atado las manos con la constitución de una Iglesia jerárquicamente apostólica. Antes de leer a Küng escribí unas hojas: El Espíritu Santo y la autoridad en la Iglesia Neo testamentaria; probando la tesis: "El Espíritu Santo exige a todo predicador del Evangelio, el enlace con las autoridades constituidas". Lo he mandado a varios pastores y de nota. Nadie ha contestado. Entonces me replica Küng: ¿Cómo explica usted los dones innegables de gracia y de apostolado que se palpan en tantas iglesias no católicas? También se palpan dones que distan mucho de ser divinos. Pero ¿no se encuentran incluso entre paganos y ateos tales gracias o sea preclaros ejemplos de honradez? ¿Gandhi, por ejemplo? Misterios de Dios; pero que no dan pie a derrumbar el plan salvífico normal de Cristo sobre los hombres y éste es la pertenencia (con auténtica vida) a la Iglesia C. A. R.

546: "El Primado del Papa es auténtico; si se funda, ejerce, se cumple y maneja conforme a la Escritura". ¿Pero quién será el JUEZ para definirlo? ¿El mismo Papa o cualquiera de la calle? ¿Pudo Jesús dejar a merced de una votación, por ejemplo, la institución más

fundamental de su Obra en el mundo? Y aunque el Papado ya existía antes de escribirse todo el Nuevo Testamento, ¿no es precisamente la Sagrada Escritura su más expícito sostén?

RECTIFICACIÓN ANTICIPADA

67: "Jesús mismo abandonó familia y profesión, hogar y patria. Y a otros hombres los sacó de sus vinculaciones familiares y sociales para que lo siguieran como discípulos. Pero no a todos invitó a dejar la familia, la profesión, la patria". En plata: todos habéis de ser santos; pero no todos apóstoles en sentido estricto, inspectores, pastores, dispensadores, ministros, obispos y presbíteros, PAPAS.

Luego queda en firme la tesis Católica. Y Küng mismo anula en la pág. 67 lo que escribe en las posteriores. Rectificación anticipada.

EPÍLOGO (567)

Lo definiría: precioso capitel, digno de mejor pedestal.

EN CONCLUSIÓN

El libro "La Iglesia" de Hans Küng, según nuestro humilde parecer y con todo el respeto al talento y erudición del autor, contiene muchísimas cosas buenas, entremezcladas con afirmaciones inexactas, quizá falsas, quizá con resabios heréticos; no pocas, siquiera aparentes contradicciones. Y el conjunto, por lo que respecta a su influjo en la masa del pueblo, un seminario de desviaciones doctrinales, engendradoras de muy deplorables actuaciones.

JOAQUÍN TAPIES, S. J.

SAN JUAN DE ÁVILA

Juan de Ávila ha sido, en cuestión de reforma, como en otros campos espirituales, un precursor; y el Concilio de Trento ha adoptado decisiones que él había preconizado mucho tiempo antes (*S. Charprenet*, p. 56).

Pero no ha sido un crítico contestador, como hoy se dice. Ha sido un espíritu clarividente y ardiente, que a la renuncia de los males, a la sugerencia de remedios canónicos, ha añadido una escuela de intensa espiritualidad (el estudio de la Sagrada Escritura, la práctica de la oración mental, la imitación de Cristo y su traducción española del libro del mismo nombre, el culto de la Eucaristía, la devoción a la Santísima Virgen, la defensa del santo celibato, el amor a la Iglesia, aun cuando algún ministro de la misma fue demasiado severo con él...) y ha sido el primero en practicar las enseñanzas de su escuela.

(De la homilía de S.S. Paulo VI
en la canonización de S. Juan de Ávila)